

LA LECTURA PARA TODOS.

SEMANARIO ILUSTRADO.

NOVELAS, VIAJES, LITERATURA, HISTORIA, ETC., ETC.

PRECIOS : EN MADRID,
LLEVADO A DOMICILIO.

Tres meses.	8 reales.
Seis meses.	15 »
Un año.	28 »

Se suscribe en Madrid en la administracion, libreria extranjera y nacional de D. Carlos Bailly-Balliere, librero de cámara de SS. MM. y de la Universidad central, calle del Príncipe, núm. 41.
En Provincias en todas las librerías y administraciones de Correos.

PRECIOS : EN PROVINCIAS,
FRANCO DE PORTE.

Tres meses.	12 reales.
Seis meses.	21 »
Un año.	38 »



El guía cogió su acha y atacó vigorosamente al tronco del ébano por su base.

LOS TRAMPEROS DEL ARKANSAS.

NOVELA ESCRITA EN FRANCÉS

Por M. GUSTAVE AIMARD.

TRADUCIDA

POR D. J. F. SAENZ DE URRACA.

(Continuacion.— Véase el núm. 6.º)

—¿Cómo así?
—¡Eh! carái! Es claro, el general y su sobri-
na han hablado durante mucho tiempo con ese
ladino del Alce Negro; ya sabes que me conoce
hace mucho tiempo, y seguramente les habrá in-
ducido á desconfiar de mí.
—Entonces, ¿por qué les has conducido al es-
tanque de los castores?
—¿Podía yo sospechar que encontraría allí á
ese trampero maldito?
—En nuestro oficio es preciso desconfiar de
todo.
—Tienes razon, ¡he cometido una falta! En
fin, ahora ya no tiene remedio el mal, porque

preveo que el Alce Negro habrá ilustrado comple-
tamente al general respecto de mí.
—En efecto, es muy probable: ¿qué hemos de
hacer entonces?
—Obrar lo mas pronto posible, sin darles tiem-
po suficiente para ponerse en guardia.
—Eso me conviene mucho, ya lo sabes.
—Si. ¿Dónde está el capitán? ¿Se halla ya de
regreso?
—Llegó anoche. Todos nuestros hombres es-
tán ocultos en la gruta; somos cuarenta.
—¡Bravo! ah! ¡Por qué no habreis venido to-
dos juntos, en vez de ser tú solo! mira qué her-
mosa ocasion teniais! Están durmiendo como li-
rones, y nos hubiéramos apoderado de ellos en
menos de diez minutos.
—¡Tienes razon! pero no se puede prever to-
do; por lo demás, no es así como se ha arreglado
el negocio con el capitán.
—Es muy justo. Entonces, ¿á qué has ve-
nido?
—Para avisarte que estamos dispuestos, y que
solo aguardamos á tu señal para obrar.
—Veamos: ¿qué debe hacerse? Aconséjame.

—¿Cómo diablos quieres que te aconseje? ¿Sé
yo acaso lo que pasa aqui para decirte cómo has
de manejarte?
El guía reflexionó un momento; luego levantó
la cabeza y miró atentamente al cielo.
—Escucha, repuso, aun no son más que las
dos de la mañana.
—Si.
—Vas á volver á la gruta.
—¿Al instante?
—Si.
—Está bien. ¿Qué mas?
—Dirás al capitán que, si quiero, le entregaré
la jóven esta noche.
—Eso me parece difícil.
—Eres un necio.
—Es muy posible; pero no veo cómo.
—Aguarda. La guardia del campo está distri-
buida así: de dia, los soldados vigilan los atrin-
cheramientos; pero como no están acostumbrados
á la vida de las praderas, y por la noche su auxi-
lio seria mas perjudicial que útil, se nos confía
la guardia á los demás guías y á mí, mientras
descansan los soldados.

—Está bien ideado eso, dijo Kennedy riéndose.

—¿Verdad que sí? dijo el Hablador. Así, pues, montaréis á caballo; cuando lleguéis al pié de la colina, seis de los mas atrevidos vendrán á reunirse conmigo; con su ayuda me encargo de atar á todos los soldados, y aun al mismo general, mientras estén durmiendo.

—¡Calle! pues es buena idea esa.

—¿Te parece?

—A la verdad que sí.

—Muy bien. Cuando nuestros mozos estén bien atados, silbaré y el capitán subirá con el resto de la tropa. Entonces que se componga como pueda con la jóven, que es cuenta suya y no tengo que mezclarme en eso. ¿Cómo encuentras mi plan?

—¡Magnífico!

—De este modo evitamos la efusion de sangre, y me libro de los golpes que pudiera recibir, de los cuales me cuido muy poco, cuando veo la facilidad de pasarme sin ellos.

—Eres prudente.

—La verdad, querido, cuando se hacen negocios como este, que cuando salen bien ofrecen grandes ganancias, es preciso arreglarse siempre de modo que tenga uno todas las probabilidades á favor suyo.

—Perfectamente pensado; por lo demás, tu idea me agrada en extremo, y voy á ponerla en ejecucion sin demora. Pero ante todo pongámonos bien de acuerdo con el fin de evitar las equivocaciones y malas inteligencias que siempre son desagradables.

—Muy bien.

—Si, como creo, el capitán encuentra tu plan de un buen éxito, infalible, tan luego como estemos al pié de la colina subiré con cinco hombres resueltos, que cuidaré de elegir yo mismo. ¿Por qué lado me introduciré en el campamento?

—¡Pardiez! Por el mismo por donde has entrado ahora, que debe serte ya conocido.

—Y tú ¿dónde estarás?

—En la misma entrada, dispuesto á ayudaros.

—Bien, ahora todo está convenido. ¿Tienes algo mas que decirme?

—Nada.

—Entonces me marchó.

—Si, cuanto antes lo hagas mejor.

—Siempre tienes razon. Guíame hasta el sitio por donde he de salir; está tan oscuro que si voy solo puedo estraviarme é ir á tropezar con algun soldado dormido, lo cual no nos conviene en manera alguna.

—Dame la mano.

—Tómala.

Los dos hombres se levantaron y se dispusieron á dirigirse al sitio por donde habia de salir el emisario del capitán; pero en el mismo instante se interpuso entre ellos una sombra, y una voz firme les dijo:

—¡Sois unos traidores, y vais á morir!

No obstante el dominio que sobre sí mismos tenian aquellos dos hombres, se quedaron estupefactos.

La persona que habia hablado, sin darles tiempo para que recobrasen su presencia de ánimo, les descerrajó dos pistoletazos casi á quema-ropa.

Los miserables lanzaron un grito terrible; uno de ellos cayó desplomado; el otro, saltando como un tigre, escaló los atrincheramientos y desapareció antes de que pudiesen hacerle un segundo disparo.

Al estampido de los tiros, y al grito lanzado por los bandidos, todos despertaron sobresaltados en el campamento, y se precipitaron á las barricadas.

El general y el capitán Aguilar fueron los primeros que llegaron al paraje en que habia ocurrido la escena que hemos referido.

Encontraron á doña Luz con dos pistolas humeantes en la mano, mientras que á sus piés se retorcía un hombre en las últimas convulsiones de la agonía.

—¿Qué significa eso, hija mia? ¿En nombre del cielo! ¿Qué ha sucedido? ¿Estás herida? preguntó el general lleno de espanto.

—Tranquílcese V., tío, no estoy herida, contestó la jóven; solo he castigado á un traidor. Dos

miserables estaban conspirando en las tinieblas de la noche contra nuestra comun seguridad: uno se ha escapado; pero este creo que se halla en muy mal estado.

El general se inclinó con viveza hácia el moribundo. Al resplandor de una tea que llevaba en la mano conoció á Kennedy, á aquel guía que el Hablador suponía que se habia quemado vivo cuando el incendio de la pradera.

—¡Oh! oh! dijo, ¿qué significa esto?

—Esto significa, tío, contestó la jóven, que si Dios no me hubiese auxiliado, en esta misma noche hubiéramos sido sorprendidos por una partida de bandidos emboscados á corta distancia de aquí.

—Entonces no perdamos tiempo.

Y el general, ayudado por el capitán Aguilar, se apresuró á prepararlo todo para oponer una resistencia vigorosa en caso de que intentasen un ataque.

El Hablador habia huido; pero un ancho rastro de sangre mostraba que iba gravemente herido. Si hubiese sido de dia habrian intentado perseguirle, y acaso hubieran logrado alcanzarle; pero en medio de las tinieblas, é ignorando si el enemigo estaba emboscado en las inmediaciones, no quiso el general que sus soldados se aventurasen fuera del campamento, y prefirió dejar al miserable aquella probabilidad de salvacion.

En cuanto á Kennedy, habia muerto.

Pasado el primer momento de efervescencia, doña Luz, que ya no se hallaba sostenida por el peligro de la situacion, sintió que era mujer. Desapareció su energia, veláronse sus ojos, un temblor convulsivo agitó todo su cuerpo, y se hubiera caído á no haberla recibido en sus brazos el doctor.

La llevó medio desmayada á la tienda y le prodigó cuantos cuidados exigia su estado.

La jóven fué volviendo en sí, serenóse su imaginacion y se restableció el orden en sus ideas.

Recordando entonces el encargo que en aquel mismo dia le habia hecho el Alce Negro, juzgó que era llegado el momento de exigir el cumplimiento de su promesa, é hizo una seña al médico para que se acercase.

—Querido doctor, le dijo con voz dulce, ¿queréis hacerme un gran favor?

—Disponga V. de mí, señorita.

—¿Conoce V. á un trampero que se llama el Alce Negro?

—Si; tiene la choza cerca de aquí, en los alrededores de un estanque de castores.

—Eso es, querido doctor. Pues bien; es preciso que en cuanto amanezca, vaya V. á buscarle de mi parte.

—¿Para qué, señorita?

—¡Se lo suplico á V.! dijo la jóven con zalamero acento.

—¡Oh! entonces puede V. descuidar, iré! contestó el médico.

—¡Gracias!

—¿Qué he de decirle!

—Le referiré V. lo que ha pasado aquí esta noche.

—¡Pardiez!

—Y luego añadiré V.... conserve bien estas palabras en la memoria, pues habrá que repetir las testualmente.

—Escucho con la mayor atencion, y grabaré esas palabras en mi memoria.

—Le diré V.: *Alce Negro ha llegado la hora.*

Ha entendido V. bien, ¿no es verdad?

—Perfectamente, señorita.

—¿Jura V. hacer lo que le pido?

—Lo juro, dijo el médico con grave acento.

Al salir el sol irá á buscar al trampero, le referiré los sucesos de esta noche, y añadiré: *¡Alce Negro ha llegado la hora!* ¿Es eso cuanto tiene V. que pedirme?

—Si, mi buen doctor.

—Pues bien, descáñse V. tranquila, señorita; le juro por mi honor que se hará cuanto V. de ea.

—Gracias, murmuró la jóven con dulce sonrisa, estrechándole la mano.

Y agobiada por las emociones terribles de la noche, volvió á caer en su lecho, en donde muy luego disfrutó un sueño tranquilo y reparador.

Al amanecer el digno médico, no obstante las observaciones del general que en vano queria impedir que marchase haciéndole presente los peligros á que iba á esponerse voluntariamente, movió tenazmente la cabeza á cuanto su amigo le decia, obstinándose en su proyecto de marcha, sin querer alegar razones de ningun género, y salió del campamento bajando por la colina al trote largo.

Cuando hubo llegado al bosque clavó las espuelas á su caballo y se dirigió á galope hácia la choza del Alce Negro.

XVII.

CABEZA DE ÁGUILA.

Cabeza de Aguila era un jefe tan prudente como determinado, y sabia que debia temerle todo de los Americanos, si no lograba borrar completamente su rastro.

Por eso, despues del buen éxito de la sorpresa que habia llevado á cabo contra el nuevo desmonte de los blancos, á orillas del gran Canadense, no descuidó lo mas minimo para poner á su tropa al abrigo de las represalias terribles que le amenazaban.

Es imposible formarse una idea del talento que despliegan los Indios, cuando tratan de ocultar su rastro.

Pasan veinte veces por un mismo sitio; aglomeran unas sobre otras las huellas de sus piés, hasta que concluyen por ser en este caso confusas; no descuidan accidente alguno del terreno, caminando unos sobre las pisadas de otros para ocultar su número, siguiendo durante dias enteros el curso de los riachuelos con el agua que les llega muchas veces á la cintura, llevando la precaucion y la paciencia hasta el extremo de borrar con la mano, y por decirlo así, paso á paso, los vestigios que pudieran denunciarles á los ojos perspicaces é interesados de sus enemigos.

La tribu de la *Serpiente*, á la cual pertenecian los guerreros mandados por Cabeza de Aguila, habia entrado en las praderas, ascendiendo su número á quinientos hombres próximamente, con el fin de cazar el bisonte y empeñar el combate con los Pawnees y los Sinx, con los que se hallaba en continua guerra.

Cabeza de Aguila tan luego como estuviese terminada su campaña, se proponia reunirse inmediatamente con sus hermanos, á fin de poner en sitio seguro el botin de que se habia apoderado en la toma de la aldea, y asistir á una gran expedicion que preparaba su tribu contra los tramperos y los mestizos desparramados por las praderas, y á los que con razon consideraban los Indios como enemigos suyos implacables.

No obstante el exceso de precaucion de que hizo uso el jefe, el destacamento habia caminado con rapidez.

En la tarde del sexto dia posterior á la destruccion del fuerte, los Comanches se detuvieron en las orillas de un riachuelo que no tenia nombre, como sucede á tantos en aquellos parajes, y se dispusieron á acampar para pasar la noche.

Nada hay mas sencillo que el campamento de los Indios cuando están en el *sendero de la guerra*.

Traban á los caballos para que no puedan escaparse: si no temen sorpresa alguna, encienden hogueras; en el caso contrario, cada cual se compone como puede para comer y dormir.

Desde su partida del fuerte, ningun indicio habia dado margen á los Comanches para suponer que fuesen seguidos ó vigilados, pues sus exploradores, ninguna pista sospechosa descubrieron.

Hallábanse ya poco distantes del campamento de su tribu; y por lo tanto, su confianza era completa.

Cabeza de Aguila mandó encender lumbre, y colocó por sí mismo centinelas que velasen por la seguridad de todos.

Cuando hubo adoptado estas medidas de prudencia, el jefe se recostó en el tronco de un ébano, cogió su pipa y mandó que condujesen á su presencia al anciano y á la mujer española.

Cuando estuvieron delante de él, Cabeza de Aguila saludó cordialmente al anciano y le ofre-

ció su pipa, muestra de benevolencia que el anciano aceptó; disponiéndose á contestar á las preguntas que sin duda iba á dirigirle el indio.

En efecto, al cabo de algunos momentos de silencio, el jefe tomó la palabra y dijo:

—¿Se encuentra bien mi hermano con los Pieleros Rojas?

—Haria mal en quejarme, jefe, contestó el español; desde que estoy con ellos me han tratado con suma consideración.

—Mi hermano es un amigo, dijo el Comanche enfáticamente.

El anciano se inclinó.

—Estamos, por fin, en nuestro territorio de caza, repuso el jefe; mi hermano el Cabeza Blanca se halla cansado de una larga vida; está mejor junto al hogar del consejo que sobre un caballo cazando el alce ó el bisonte: ¿qué desea mi hermano?

—Jefe, contestó el español, sus palabras son verdaderas. Hubo un tiempo en que, como cualquier otro hijo de las praderas, pasaba yo días enteros sobre un corcel fogoso y sin domar; mis fuerzas han desaparecido; mis miembros han perdido su elasticidad, y mi golpe de vista su infalibilidad; ya nada valgo para una expedición, por corta que sea.

—¡Bueno! contestó imperturbablemente el indio, arrojando bocanadas de humo; diga, pues, mi hermano á su amigo lo que desea, y se hará.

—Doy gracias al jefe, y me aprovecharé de su bondadoso ofrecimiento. Seria yo muy feliz si consintiese en suministrarme los medios de trasladarme, con entera seguridad, á un establecimiento de los hombres de mi color, en donde pueda pasar en paz los pocos días de vida que me quedan.

—¿Y por qué no he de hacerlo? nada hay más fácil, en cuanto nos hallemos de regreso en mi tribu; puesto que mi hermano no quiere quedarse con sus amigos rojos, serán satisfechos sus deseos.

Hubo un momento de silencio. El anciano, creyendo que había terminado la entrevista, se disponía á retirarse; una seña del jefe le detuvo.

Al cabo de algunos instantes, el indio sacudió su pipa para que cayese la ceniza, la colocó en su cintura, y fijando en el español una mirada de singular expresión, dijo con voz triste.

—Mi hermano es feliz; aunque cuenta ya muchos inviernos, no camina solo por el sendero de la vida.

—¿Qué quiere decir el jefe? preguntó el anciano; no le entiendo.

—Mi hermano tiene familia, repuso el comanche.

—¡Ay Dios! mi hermano se equivoca: ¡estoy solo en este mundo!

—¿Qué dice mi hermano? ¿No tiene junto á sí á su compañera?

Una sonrisa triste arqueó los pálidos labios del anciano.

—No, dijo al cabo de un instante, no tengo compañera.

—¿Pues qué es para él esa mujer? dijo el jefe con fingida sorpresa, señalando á la señora española, que se mantenía triste y silenciosa al lado del anciano.

—Esa mujer es mi ama.

—¡Ooah! ¿Será esclavo mi hermano? dijo el comanche con malvada sonrisa.

—No, repuso orgullosamente el anciano, no soy esclavo de esa mujer, sino su servidor adicto y fiel.

—¡Ooah! dijo el jefe moviendo la cabeza y reflexionando profundamente acerca de aquella respuesta.

Pero las palabras del español no podía entenderlas el indio, pues la distinción era harto sutil para que penetrase en su mente. Al cabo de dos ó tres minutos movió la cabeza y renunció á buscar la solución de aquel problema incomprendible para él.

—Bueno, dijo lanzando una mirada irónica por entre sus párpados medio cerrados, la mujer se marchará con mi hermano.

—Así lo he entendido desde un principio, contestó el español.

La mujer de edad avanzada que hasta entonces había permanecido silenciosa, juzgó que ya era tiempo de tomar parte en la conversación.

—Doy gracias al jefe, dijo; pero ya que tiene la bondad de ponerse á nuestra disposición, ¿me permitirá que le pida un favor?

—Hable mi madre, que mis oídos están abiertos.

—Tengo un hijo que es un gran cazador blanco; en este momento debe hallarse en la pradera; acaso si mi hermano consintiese en conservarnos algunos días junto á sí, nos seria fácil encontrarle. Con su protección nada tendríamos ya que temer.

Al oír estas palabras imprudentes, el español hizo un gesto de espanto.

—Señorita, dijo con viveza en su lengua materna, tenga V. cuidado con ese....

—¡Silencio! dijo el indio con breve acento, interrumpiéndole. ¿Por qué habla mi hermano delante de mí en una lengua desconocida: ¿teme acaso que comprenda yo sus palabras?

—¡Oh, jefe! dijo el español con un gesto negativo.

—Pues entonces, deje mi hermano que hable mi madre de pálido rostro: se dirige á un jefe.

El anciano calló; pero un presentimiento triste le oprimió el corazón.

El jefe comanche sabia perfectamente á quien se dirigía, y jugaba con los dos españoles como el gato con el ratón. Pero sin revelar en manera alguna sus impresiones, se volvió hácia la mujer, é inclinándose con esa cortesía instintiva que distingue á los Indios, dijo con voz dulce y simpática sonrisa:

—¡Oh! oh! ¿El hijo de mi madre es un gran cazador? Tanto mejor.

El corazón de la pobre mujer se dilató de alegría.

—Si, dijo con efusión, es uno de los tramperos más valientes de las praderas del Oeste.

—¡Ooah! dijo el jefe en tono cada vez más amable, ese guerrero afamado deberá tener un nombre respetado de todos en las praderas.

El español estaba sufriendo un verdadero martirio; dominado por la mirada del comanche, no sabia cómo avisar á su ama para que no pronunciase el nombre de su hijo.

—Su nombre es muy conocido, dijo la señora.

—¡Oh! exclamó con viveza el anciano, todas las madres son lo mismo, ¡para ellas sus hijos son héroes! Ese, aun cuando es un excelente joven, no vale mucho más que cualquier otro, y de seguro que su nombre nunca habrá llegado á oídos de mi hermano.

—¿Cómo lo sabe mi hermano? dijo el indio con una sonrisa sardónica.

—Lo sospecho, contestó el anciano, ó al menos, si por casualidad le ha oído pronunciar mi hermano, hará ya mucho tiempo que ha salido de su memoria y no merece que se le recuerde. Si mi hermano lo permite, nos retiraremos; el día ha sido molesto y ha llegado la hora de descansar.

—Dentro de un instante, dijo impasiblemente el comanche, y dirigiéndose á la mujer, preguntó con insistencia: ¿cuál es el nombre del guerrero de rostro pálido?

Pero la señora, puesta en guardia por la intervención de su leal servidor, cuya prudencia y adhesión le eran conocidas, no contestó, sintiendo interiormente que había cometido una falta, é ignorando cómo repararla.

—¿No me oye mi madre? repuso el jefe.

—¿Para qué he de decirle un nombre que, según toda probabilidad, le es desconocido, y que en todo caso no puede interesarle? Si mi hermano lo permite, me retiraré.

—No; no sin que mi madre me haya dicho el nombre de su hijo, el gran guerrero, dijo el comanche frunciendo el entrecejo é hiriendo con su pié el suelo, impulsado por una cólera mal contenida.

El español vió que era preciso concluir, y en un segundo adoptó su partido.

—Mi hermano es un gran jefe, dijo; aunque su cabellera sea oscura, su sabiduría es inmensa; yo soy su amigo, y no querrá abusar de la casualidad que ha puesto entre sus manos á la madre de su enemigo: el hijo de esta mujer es Corazon Leal.

—¡Ooah! dijo Cabeza de Aguila con siniestra sonrisa, ya lo sabia yo: ¿por qué los rostros pálidos tienen dos lenguas y dos corazones, y procuran siempre engañar á los Pieleros Rojas?

—No hemos procurado engañarle, jefe.

—Si; desde que se hallan entre nosotros han sido tratados como hijos de nuestra tribu, ¡y les he salvado la vida!

—¡Es cierto!

—Pues bien, repuso el indio con una sonrisa sardónica, quiero probarles que los Comanches no olvidan y que saben pagar el mal con bien. Estas heridas que aun tengo sin curar, ¿quién me las ha hecho? ¡Corazon Leal! Somos enemigos; su madre se halla en mi poder; yo podria atarla en seguida al poste del tormento; seria mi derecho.

Los dos españoles bajaron la cabeza.

—La ley de las praderas dice: «¡Ojo por ojo, diente por diente!» Escúcheme atentamente el Viejo Roble: en recuerdo de nuestra antigua amistad, le concedo un plazo. Mañana, al salir el sol, marchará en busca de Corazon Leal; si en el término de cuatro días no viene á entregarse en mis manos, su madre perecerá; mis jóvenes guerreros la quemarán viva en el poste de la sangre, y mis hermanos se harán silbatos de guerra con sus huesos. Marchense: ¡he dicho!

El anciano quiso insistir, se arrojó á las plantas del jefe; pero el vengativo indio le rechazó con el pié y se alejó.

—¡Oh, señora! murmuró el anciano con desesperación, está V. perdida.

—Sobre todo, Eusebio, contestó la madre sollozando, no traigas á mi hijo. ¿Qué importa que yo muera? ¡Ay Dios! ¿No ha sido ya mi vida sobrada larga?

El viejo servidor dirigió á su ama una mirada llena de admiración.

—¡Siempre la misma! dijo enternecido.

—¿No pertenece la vida de una madre á su hijo? dijo la señora con un grito que partía del corazón.

Los dos ancianos cayeron al pié de un árbol, abrumados por el dolor, y pasaron la noche orando.

Cabeza de Aguila parecia que no sospechaba su desesperación.

XVIII.

EUSEBIO.

Las precauciones adoptadas por Cabeza de Aguila para ocultar su marcha, eran buenas para con los blancos, cuyos sentidos menos perspicaces que los de los partidarios y los cazadores, y poco acostumbrados á sus tretas, son casi incapaces de orientarse sin brújula en aquellas soledades inmensas; pero para hombres como Corazon Leal y Buenhumor, eran de todo punto insuficientes.

Ni un instante perdieron la pista los dos atrevidos partidarios.

Acostumbrados á las vueltas y revueltas de los guerreros indios, no se dejaron engañar por los súbitos retrocesos, las contramarchas, los altos fingidos, y en una palabra, por todos los obstáculos que los Comanches parecia que se habían complacido en sembrar en su camino.

Luego habia una cosa en que los Indios no habían pensado, y que revelaba tan claramente la dirección que seguian, como si hubiesen tenido el cuidado de ir plantando jalones.

Ya hemos dicho que cerca de las ruinas de una choza habían encontrado los cazadores á un sabueso atado al tronco de un árbol, y que el perro, al verse libre, despues de hacer algunas caricias á Buenhumor, emprendió la carrera con el hocico al viento, para reunirse con su amo que era precisamente el anciano español, con el cual se reunió, en efecto.

Las huellas del sabueso, que los Indios no se

cuidaron de hacer desaparecer, por la razón muy sencilla de que no repararon en que iba con ellos, se veían en todas partes, y para cazadores tan diestros como Corazon Leal y Buenhumor, era un hijo de Ariadna que nada podía romper.

Así, pues, los cazadores caminaban tranquilamente con la escopeta cruzada en la silla, acompañados de sus *rastreros*, en seguimiento de los Comanches, quienes se hallaban muy lejos de suponer que llevaban tal retaguardia.

Todas las noches se detenía Corazon Leal en el mismo sitio en que Cabeza de Aguila había establecido su vivac un día antes, porque tal era la prisa que se habían dado los dos hombres, que los Indios solo les llevaban un adelanto de algunas leguas, y fácilmente hubieran podido los tramperos pasar a vanguardia suya, si hubiesen abrigado la intención de hacerlo. Pero por ciertas razones, Corazon Leal deseaba limitarse a seguirles todavía durante algún tiempo.

Después de haber pasado la noche en un claro del bosque, a orillas de un fresco arroyuelo, cuyo dulce murmullo había mecido su sueño, los cazadores se disponían a ponerse en marcha, tenían sus caballos ensillados, y comían de pie una loncha de alce, como hombres que tienen prisa, cuando Corazon Leal, que en toda la mañana no había desplegado los labios, se volvió hacia su compañero y dijo:

—Sentémonos; nada nos obliga a apresurarnos, puesto que Cabeza de Aguila se ha reunido ya con su tribu.

—Es verdad, contestó Buenhumor recostándose en la yerba, podemos hablar.

—¿Cómo no he adivinado yo que esos malditos Comanches tenían un destacamento de guerra en las inmediaciones? Los dos solos no podemos pensar en apoderarnos de un campamento en que hay quinientos guerreros.

—Es muy justo, dijo filosóficamente Buenhumor, son muchos; sin embargo, querido amigo, si V. lo desea, podemos intentarlo, que nadie sabe lo que sucederá.

—Gracias, dijo Corazon Leal sonriendo; pero lo juzgo inútil.

—Como V. quiera.

—Solo la astucia es la que ha de servirnos.

—Pues recurramos a la astucia: estoy a las órdenes de V.

—¿Creo que tenemos trampas cerca de aquí?

—¡Pardiez! dijo el canadiense, a la distancia de media milla, todo lo más, en el estanque grande de los castores.

—¡Es verdad! hace algunos días en que no sé, siquiera, en lo que pienso. Crea V., Buenhumor, que ese cautiverio de mi madre me vuelve loco; es preciso libertarla, cueste lo que cueste.

—Opino del mismo modo, Corazon Leal, y le ayudaré con todas mis fuerzas.

—Mañana, al amanecer, irá V. a ver al Alce Negro, y le rogará, en mi nombre, que reúna cuantos cazadores blancos y tramperos pueda encontrar.

—Muy bien.

—Entre tanto iré yo al campamento de los Comanches a tratar acerca del rescate de mi madre; si no quieren consentir en restituirmela, recurriremos a las armas, y veremos si veinte rifles de los mejores de las fronteras pueden más que quinientos de esos tunos saqueadores de las praderas.

—¿Y si le cogen a V. prisionero?

—En ese caso le enviaré a V. mi sabueso, que irá a buscarle a la gruta del río. Al verle llegar solo, sabrá V. lo que significa, y obrará como mejor convenga.

El canadiense movió la cabeza a uno y otro lado y dijo:

—No, no haré eso.

—¡Cómo que no! exclamó el cazador sorprendido.

—De seguro que no lo haré, Corazon Leal. Al lado de V., hombre tan valeroso y tan inteligente, valgo muy poco, lo sé; pero si no tengo más que una buena cualidad, nadie puede privarme de ella, y es mi adhesión y mi cariño hacia V.

—Lo sé, amigo mío, me quiere V. como a un hermano.

—¡Y quiere V. que le deje, como dicen en mi país, al opuesto lado de los grandes lagos, meterse voluntariamente en la boca del lobo, y aun mi comparación es humillante para los lobos, por que los Indios son mil veces más feroces! No, lo repito, no haré eso; sería una mala acción, y si le sucediese a V. una desgracia, nunca me lo perdonaría.

—Explíquese V., Buenhumor, dijo Corazon Leal con impaciencia; por mi honor que me es imposible entenderle.

—¡Oh! fácil le será, repuso el canadiense; si no tengo talento, ni sé hablar bien, tengo sentido común y un golpe de vista seguro cuando se trata de aquellos a quienes quiero.... y hoy que mi pobre padre ha muerto, a nadie quiero tanto como a V.

—Hable V., amigo mío, contestó Corazon Leal, y perdóneme ese movimiento de mal humor que no he podido reprimir.

Buenhumor reflexionó un momento y luego volvió a tomar la palabra.

—Ya sabe V., dijo, que los enemigos más encarnizados que tenemos en la pradera son los Comanches; por una fatalidad inexplicable, cuantas veces hemos tenido que sostener luchas, ha sido contra ellos, y nunca han podido alabarse de obtener sobre nosotros la ventaja más leve, de donde resulta entre ellos y nosotros un odio implacable, odio que, en estos últimos tiempos, se ha acrecentado aun por nuestras discusiones con Cabeza de Aguila, a quien ha tenido V. la destreza ó la torpeza de no romper más que un brazo, cuando le era tan fácil romperle la cabeza, broma que estoy convencido de que el jefe comanche ha tomado muy por lo serio, y nunca le perdonará a V. Por lo demás, confieso que, a hallarme en su lugar, profesaría exactamente los mismos sentimientos, y no le guardo rencor por eso.

—¡Al hecho! al hecho! exclamó Corazon Leal interrumpiéndole.

—Voy al hecho, que es muy sencillo, repuso Buenhumor, sin que le causase sorpresa la interrupción de su amigo. Cabeza de Aguila procura por todos los medios imaginables apoderarse de la cabellera de V.; fácil es comprender que si comete V. la imprudencia de entregarle a él, aprovechará la ocasión para saldar definitivamente la cuenta pendiente entre ambos.

—Pero mi madre está en su poder, contestó Corazon Leal.

—Sí, dijo Buenhumor; pero él lo ignora. Ya sabe V., amigo mío, que los Indios, fuera de los casos excepcionales, tratan muy bien a las mujeres de que se apoderan, y que por lo general les guardan las mayores consideraciones.

—Es verdad, dijo el cazador.

—Así, pues, como nadie irá a decir a Cabeza de Aguila que su prisionera es la madre de V., fuera de la inquietud que debe experimentar por no saber de su hijo, se halla tan segura en medio de los Pieleros Rojas, como si estuviese en la plaza mayor de Quebec. Por lo tanto, es inútil cometer imprudencias; reunamos unos veinte compañeros buenos, no necesitamos más, y vigilemos a los Indios; en la primera ocasión propicia que se presente caeremos vigorosamente sobre ellos, daremos muerte al mayor número posible y libreremos a la madre de V. Hé ahí, según creo, el partido más prudente que podemos adoptar. ¿Qué le parece?

—Pienso, amigo mío, contestó Corazon Leal estrechándole la mano, que es V. la criatura más excelente que existe; que su consejo es bueno, y que le seguiré.

—¡Bravo! exclamó Buenhumor, eso es hablar bien.

—Y ahora.... dijo Corazon Leal.

—¿Ahora? repitió Buenhumor.

—Vamos a montar a caballo; daremos vuelta con destreza al campamento indio, cuidando de que no descubran nuestro rastro, é iremos al hato de nuestro valiente compañero el Alce Negro, que es hombre de buen consejo, y que de seguro nos será muy útil para lo que nos proponemos llevar a cabo.

—Hágase así, dijo Buenhumor alegremente montando a caballo.

Los cazadores abandonaron el claro del bosque, y describiendo un rodeo para huir del campo indio, cuyas hogueras se veían a la distancia de dos leguas cuando más, se dirigieron al sitio en que, según toda probabilidad, se hallaría el Alce Negro filosóficamente ocupado en tender sus lazos a los castores, a estos interesantes animales que tanto gustaban a doña Luz.

Hacia próximamente una hora que iban caminando de esta suerte, hablando y riendo, porque el raciocinio de Buenhumor había concluido por convencer a Corazon Leal, quien conociendo a fondo las costumbres indias, se hallaba persuadido de que su madre no corría peligro alguno, cuando de improviso manifestaron los sabuesos señales de inquietud, y luego se precipitaron hacia adelante lanzando sordos ladridos de alegría.

—¿Qué les da a nuestros rastreros? dijo Corazon Leal, no parece sino que olfatean a algún amigo.

—¡Pardiez! habrán descubierto al Alce Negro; probablemente los veremos volver juntos.

—Es muy posible, dijo el cazador pensativo, y continuaron avanzando.

Al cabo de algunos instantes vieron a un ginetete que se dirigía hacia ellos a escape tendido, rodeado de los perros que saltaban ladrando en torno suyo.

—No es el Alce Negro, exclamó Buenhumor.

—No, dijo Corazon Leal, es Eusebio. ¿Qué significa esto? viene solo.... ¿Le habrá sucedido alguna desgracia a mi madre?

—¡Corramos! dijo Buenhumor clavando las espuelas en los hijares de su caballo, que partió con increíble velocidad.

El cazador le siguió, sintiendo mortal inquietud.

Los tres ginetes tardaron muy poco en reunirse.

—¡Desgraciado de mí! desgraciado de mí! exclamó el anciano con profundo dolor.

—¿Qué tiene V., Eusebio? ¡Hable V., en nombre del cielo! exclamó Corazon Leal.

—¡Su madre, D. Rafael! su madre!

—¡Vamos, hable V.!.... hable pronto! gritó el joven con ansiedad.

—¡Oh, Dios mío! es demasiado tarde! dijo el anciano retorciéndose los brazos.

—¡Hable V., se lo suplico! me destroza el corazón!

El anciano le dirigió una mirada llena de desesperación.

—¡D. Rafael! dijo, valor! sea V. hombre!

—¡Dios mío! Dios mío! ¿Qué noticia tan espantosa tiene V. que comunicarme, amigo mío?

—Su madre está prisionera en poder de Cabeza de Aguila.

—Lo sé.

—Si hoy mismo por la mañana, no se ha entregado V. al jefe de los Comanches....

—¿Qué?

—¡Será quemada viva!

—¡Ah! dijo el joven con un grito desgarrador. Su amigo le sostuvo: a no ser por esto, habría caído al suelo.

—Pero diga V., anciano, preguntó Buenhumor, ¿es hoy mismo cuando ha de ser quemada?

—Sí.

—¿Entonces aun es tiempo?

—¡Ay Dios! Era a la salida del sol, y mire usted, señalando al cielo con un ademán de desesperación.

—¡Oh! exclamó Corazon Leal con una expresión que sería imposible describir: ¡yo salvaré a mi madre!

E inclinándose sobre el cuello de su caballo partió con una rapidez vertiginosa.

Los demás le siguieron.

Entonces se volvió hacia Buenhumor.

—¿A donde vas? le preguntó con voz breve y convulsa.

—¡A ayudarte a salvar a tu madre ó a morir contigo!

—¡Ven! contestó Corazon Leal clavando las

espuelas en los ensangrentados hijares de su caballo.

Tenia un aspecto aterrador y terrible la carrera desesperada de aquellos tres hombres que, siguiendo una misma linea, con la frente pálida, los labios contraídos y la mirada iracunda y chispeante, trasponian torrentes y barrancos superando todos los obstáculos, arreando incesantemente á sus caballos que devoraban el espacio, lanzaban sordos resoplidos de dolor y saltaban de una manera frenética chorreando sudor y sangre. De vez en cuando, Corazon Leal lanzaba uno de esos gritos particulares de los ginetes mejicanos, y los caballos reanimados aumentaban su ardor.

—¡Dios mio! Dios mio! repetia el cazador con voz sorda, ¡salvad, salvad á mi madre!

XIX.

EL CONSEJO DE LOS GRANDES JEFES.

No obstante la conversacion borrascosa que habia mediado entre Eusebio y Cabeza de Aguila, este continuó tratando á sus prisioneros con la mayor dulzura, y con esa inaudita delicadeza en su proceder, que son innatas en la raza roja y que se hallaria uno muy lejos de esperar por parte de hombres á los que, sin razon alguna plausible, se ha mancillado con el epíteto de salvajes.

Hay un hecho que merece ser consignado, y acerca del cual nunca debe dejarse de insistir: es la manera en que, por lo general, tratan los Indios á sus prisioneros; lejos de imponerles inútiles tormentos y molestarlos sin motivo, como se ha dicho con harta frecuencia, les guardan las mayores consideraciones, y parece que en cierto modo compadecen su desgracia.

En la ocasion á que nos referimos, la sanguinaria determinacion de Cabeza de Aguila respecto de Corazon Leal solo era un caso excepcional, cuyo motivo se encontraba naturalmente en el odio jurado al cazador por el jefe indio.

La separacion de los dos prisioneros fué la mas penosa y desgarradora que puede imaginarse; el viejo servidor partió con el alma desesperada en busca del cazador, mientras que la pobre madre, con el corazon destrozado, seguia á los guerreros Comanches.

A los dos dias llegó Cabeza de Aguila al punto de reunion señalado por los grandes jefes de la nacion, en donde se halló reunida toda la tribu.

Nada puede haber mas pintoresco y singular que el aspecto que presenta un campamento indio.

Cuando los Pielés Rojas están de expedicion, ya sea de guerra ó de caza, para acampar se limitan á levantar en el sitio en que se detienen, unas tiendas de piel de bisonte, colocadas sobre estacas en forma de cruz; estas tiendas, cuya parte baja está rodeada de abultados terrones de tierra, tienen todas en su parte alta un agujero para dar salida al humo, que á no ser por esta precaucion, las haria ser inhabitables.

El campamento ofrecia un golpe de vista en extremo animado, las mujeres iban y venian cargadas con leña ó carne, ó guiando los trineos tirados por perros, y que contenian todas sus riquezas; los guerreros, gravemente sentados en torno de las hogueras encendidas al aire libre, por razon de lo suave de la temperatura, fumaban y hablaban entre si.

Sin embargo, fácil era adivinar que se preparaba alguna cosa extraordinaria, porque no obstante la hora poco avanzada, que apenas se alzaba el sol sobre el horizonte, los jefes principales se hallaban reunidos en la choza del Consejo, en donde, segun la espresion grave y reflexiva de sus semblantes, habian de tratar acerca de alguna cuestion muy seria.

Aquel dia era el último del plazo concedido por Cabeza de Aguila á Eusebio.

El guerrero indio, fiel á su odio, y sintiendo prisa de vengarse, habia convocado á los grandes jefes con el fin de obtener la autorizacion para ejecutar su terrible proyecto.

Lo repetimos aqui, á fin de que el lector esté bien convencido de ello: los Indios no son crue-

les por el mero placer de serlo. La necesidad es su primera ley; nunca ordenan el suplicio de un prisionero, y sobre todo, el de una mujer, á no ser que el interés de la nacion lo exija.

Tan luego como los jefes estuvieron reunidos en torno de la hoguera del consejo, el porta-pipa entró en el círculo, llevando la pipa encendida, se inclinó hácia los cuatro puntos cardinales murmurando una oracion breve, y en seguida presentó la pipa al jefe de mas edad, pero conservándola sujeta en su mano por la parte en que está el tabaco.

Cuando todos los jefes hubieron fumado algunas chupadas, unos despues de otros, el porta-pipa yació la ceniza en el fuego, diciendo:

—Jefes de la gran nacion comanche, que Natosh (Dios) os dé la sabiduria: haced que la determinacion que vais á adoptar, sea la que quiere, se halle conforme con la justicia.

Luego, inclinándose respetuosamente, se retiró.

Hubo un momento de silencio; cada cual meditaba profundamente acerca de las palabras que acababan de ser pronunciadas.

Al fin se levantó el jefe de mas edad.

Era un anciano venerable, cuyo cuerpo se hallaba surcado por innumerables cicatrices, y que gozaba entre los suyos de gran reputacion de sabiduria.

Llamábase Eshis (el Sol).

—Mi hijo Cabeza de Aguila tiene, segun dice, que comunicar una cosa importante al Consejo de los jefes; que hable, nuestros oídos estan abiertos, Cabeza de Aguila es un guerrero tan prudente como valiente, y sus palabras serán escuchadas por nosotros con respeto.

—Gracias, respondió el guerrero; mi padre es la misma sabiduria, y Natosh nada tiene oculto para él.

Los jefes se inclinaron.

Cabeza de Aguila prosiguió:

—Los rostros pálidos, nuestros eternos perseguidores, nos persiguen y hostigan sin tregua ni descanso, obligandonos á abandonarles uno por uno nuestros mejores territorios de caza, y á refugiarnos en el fondo de los bosques como los tímidos gamos; muchos de ellos se atreven á venir hasta las praderas que nos sirven de refugio, á cazar con trampa á los castores y á dar muerte á los alces y los bisontes, que son propiedad nuestra. Esos hombres sin fé, escoria de su pueblo, nos roban y nos asesinan cuando pueden hacerlo impunemente. ¿Es justo que suframos sus rapiñas sin quejarnos? Hemos de dejar que nos degüellen como tímidos *ashahas* sin procurar vengarnos? ¿No dice la ley de las praderas: «Ojo por ojo, diente por diente?» ¿Que responda mi padre, que digan mis hermanos si eso es justo!

—La venganza es lícita, dijo el Sol; es el derecho imprescriptible del débil y del oprimido; sin embargo, debe ser proporcionada á la injuria recibida.

¡Bueno! mi padre ha hablado como un hombre sábio: ¿qué piensan mis hermanos?

—El Sol no puede mentir; cuanto dice está bien, contestaron los jefes.

—¿Tiene mi hermano que quejarse de alguien? preguntó el anciano.

—Si, repuso Cabeza de Aguila, he sido insultado por un cazador blanco; varias veces ha atacado mi campo, ha dado muerte en una emboscada á varios guerreros míos, yo mismo he sido herido, como podeis ver, pues aun no está cerrada la cicatriz; ese hombre, en fin, es el enemigo mas cruel de los Comanches, á quienes persigue y caza como fieras, para saciarse en sus tormentos y escuchar sus gritos de agonía.

Al oirse estas palabras pronunciadas con apasionado acento, circuló por la reunion un estremecimiento de cólera. El astuto jefe comprendiendo que su causa estaba ganada en el ánimo de sus oyentes, sin manifestar la alegría interior que experimentaba, continuó diciendo:

—Si solo de mí se hubiera tratado, hubiera podido perdonar esas injurias, por graves que fuesen; pero aqui se trata de un enemigo público, de un hombre que ha jurado la pérdida de la nacion, y en ese caso, por penosa que sea la ne-

cesidad que á ello me obliga, no debo vacilar en herirle en lo que mas quiere su corazon. Su madre se halla en mi poder, he vacilado antes de sacrificarla, no me he dejado dominar por el odio, he querido ser justo, y cuando tan fácil me era dar muerte á esa mujer, he preferido aguardar á que vosotros, jefes venerados de nuestra nacion, me deis la orden para hacerlo. He hecho mas aun, tanto es lo que me repugna derramar sangre inútilmente y castigar al inocente por el culpable: he concedido á esa mujer un plazo de cuatro dias, con el fin de facilitar á su hijo los medios para salvarla, presentándose para sufrir los tormentos en su lugar. Un rostro, árido á quien hice prisionero, ha ido á buscarle; pero ese hombre es un corazon de conejo, que solo tiene valor para asesinar á enemigos desarmados; no ha venido, no vendrá!... Esta mañana al salir el sol, espiraba el plazo concedido por mí. ¿Dónde está ese hombre? ¿No ha parecido!... ¿Qué dicen mis hermanos? ¿Es justa mi conducta? ¿Debo ser censurado, ó bien se atará á esa mujer al poste á fin de que los ladrones pálidos, aterrados por su suplicio, reconozcan que los Comanches son guerreros temibles que nunca dejan impune un insulto? ¿He dicho! ¿He hablado bien hombres poderosos?

Despues de haber pronunciado este largo discurso, Cabeza de Aguila se sentó, y cruzando los brazos sobre el pecho, aguardó con la cabeza inclinada la decision de los jefes.

Hubo un momento de silencio bastante prolongado, y al fin se levantó el Sol diciendo:

—Mi hermano ha hablado bien; sus palabras son las de un hombre que no se deja dominar por la pasion, y cuanto ha dicho es justo; los blancos, nuestros feroces enemigos, se encarnizan para perdernos, y ¡por muy penoso que sea para nosotros el suplicio de esa mujer, es necesario!

—¡Es necesario! repitieron los jefes inclinando la cabeza.

—Id, repuso el Sol, haced los preparativos; dad á esa ejecucion la apariencia de una expiacion, y no de una venganza; es preciso que todos estén muy persuadidos de que los Comanches no atormentan á las mujeres por mero placer, sino que saben castigar á los culpables. He dicho.

Los jefes se levantaron, y despues de haber saludado respetuosamente al anciano, se retiraron.

Cabeza de Aguila habia conseguido su objeto; iba á vengarse sin cargar con la responsabilidad de una accion, cuya odiosidad habia comprendido; pero á la que habia tenido el talento de asociar á los jefes de su nacion bajo una apariencia de justicia, de la que interiormente se cuidaba muy poco.

(Se continuará).

POR UN ALFILER.

LEYENDA

POR J. T. DE SAINT-GERMAIN.

Buscad y encontraréis.

(El Evangelio).

TRADUCIDA DEL FRANCÉS

Por D. JOSE MUÑOZ Y GAVIRIA.

(Continuacion.—Véase el n.º 6.º)

Pero tomaréis alguna cosa; no os habreis desayunado. Escuchad, vamos á desayunarnos juntos. Nos habeis hecho bastantes servicios para daros esta prueba de amistad (Jorge hizo una señal de asentimiento). Digo *nos*, porque lo que habeis hecho por ellas, es como si lo hubierais hecho por mí, y habeis encontrado la manera mas noble de obligarlas, y es el darlas trabajo, porque aqui no es fácil, como dicen sus amigos: en Paris es donde se encuentra ocupacion; pero ellas no han querido dejar el pais de su madre, y quieren vivir aqui á la vista de algunos ancianos amigos.

Y continuaba charlando y poniendo la mesa. —Tendréis huevos frescos y buen café. Yo me

he acostumbrado á hacerlo por mi misma, porque es lo único que le gusta á Juanita. Cuando trabaja todo el día, viene aquí por la noche, la doy una tacita, y despues se duerme en el sillón que veis allí, mientras su hermana se ocupa en la costura. Yo, si tomase por la noche un dedal de café, no podría cerrar los ojos. Pero la juventud.... Al mirarla cuando duerme tan tranquila y reposada, yo y su hermana nos admiramos de su excelente naturaleza, porque la miramos como si fuese hija nuestra. Y no creais, esa niña es el hombre de la casa por su ánimo y resolución. Su hermana Ana que la llevaria muy bien en brazos, cuando está dormida, cual una pluma, es mas tímida, y no haria nada sin consultarla.

Concluyó de poner la mesa con estremada limpieza. Mme. Blanchemain colocó el cubierto de Jorge en frente de la ventana. Estando levantado el suelo algunos escalones, se dominaba desde allí el parterre, y al través de los árboles se veía el inmenso horizonte y las azuladas montañas.

Jorge, aunque muy instruido, no le gustaba la compañía de las gentes sencillas, sino cuando las encontraba naturales y obsequiosas, porque respetaba el lenguaje del corazón, muy superior á todas las conversaciones fútiles de la buena sociedad. Con gratitud gozaba de aquella cordial hospitalidad, y admiraba el espectáculo que le ofrecia la entreabierta ventana guarnecida de las rosas que inclinaban hácia dentro de la sala su preciosa cabeza. Y despues ¿quién sabe si no comenzaba ya su papel de observador, y si no esperaba sacar de aquel manantial tan fácil datos sobre la vida pasada de sus protegidas?

—¿Qué tal os parecen estos huevos? Espero que estén cocidos en su punto. Son de gallinas de la Cochinchina, que ponen en toda estacion. Quisiera llevaros á que viérais mi corral al último del jardinito.

Despues que hubo servido el tan ponderado café con una jarra de esquisita leche, Jorge hizo recaer la conversacion sobre las jóvenes.

—¿Habeis conocido á su madre? dijo.

—Ya lo creo que la he conocido bien, respondió Mme. Blanchemain, como que era mi mejor amiga; han querido vivir á mi lado para que hablemos de ella con frecuencia.

Mme. Duval, despues de quedar viuda, habia realizado de los negocios de su marido una suma que, junto con su trabajo, podia bastarla para cuidar de sus hijas; mas tuvo la imprudencia de depositar aquella cantidad en manos dudosas. Pasó mil cuidados é inquietudes, no por ella, sino por sus hijas. Vinieron despues las enfermedades, la debilidad, y por último, las desgracias. No puedo contaros el fin de esta historia. Juana tenia diez y seis años, Ana diez y nueve: me las recomendó; pero no pudo darme ninguna noticia de las que tenia necesidad sobre el estado de sus negocios. Las pobres niñas no se hallaban en estado de ocuparse de ellos. Todo les ha fatado á la vez. Tal vez no habréis visto ese mechón blanco que hay en medio de los negros cabellos de Juana; pues le salió en una noche. Yo paseaba á las dos niñas pálidas y desoladas en las grandes alamedas del bosque para fatigar sus miembros y hacer descansar su pobre espíritu. No podia sacarlas ni una palabra de su boca.

Por último, la religion, el amor al trabajo y el deseo de corresponder a la voluntad de su madre, las han hecho recobrar un poco de ánimo, y esperaba siempre para ellas el socorro de la Providencia, en la que tengo gran fé, cuando Dios os ha enviado aqui. Porque tan cierto como estos son huevos de gallinas de Cochinchina, sois un hombre honrado y digno, Sr. Jorge. Yo entiendo algo de fisonomia, y yo que represento á su madre, os recibo con toda mi alma, con el mayor afecto, como lo haria ella si estuviese aqui para guardarlas. Pero esas señoritas han debido volver ya. ¿Por qué no subís á ver un poco las bellas pinturas que os han preparado? Yo he visto magníficas flores; deben estar trabajando arriba. Sobre todo, no las digais nada de lo que os he contado: su dolor es tan santo que no consentirian a todo el mundo hablar de él, y tienen orgullo de su desgracia. No esteis mucho tiempo arriba y volved á verme; mientras, voy á quitar la mesa y

arreglarlo todo otra vez para que no anden los trastos rodando. Me gusta tenerlo todo en orden.

Jorge la dió gracias y subió con temor la escalera que conducia al cuartito principal. Llamó tímidamente, abrieron, y en un cuarto todo lleno de estudios, se encontró en presencia de Juana sentada delante de una mesa cargada de flores.

Levantóse muy pálida, y se apoyó en el respaldo de una silla.

—¡Ya! dijo con voz alterada.

—Señorita, respondió Jorge, esa palabra es muy sencilla por vuestra parte, y debe ser permitida; la penosa impresion que produce en mí, no debe deteneros; me recordais por esa sola palabra mi deber. Creia que me habia sido concedido el venir á ver vuestros trabajos; empero hubiera debido aguardar vuestras órdenes, ó al menos pedir os permiso. Tened la bondad de perdonarme.

Y saludando con una triste mirada, se retiró.

XIX.

INTERPRETACION.

Inmediatamente que se hubo marchado, quedó Juanita en presencia de si misma, se dejó caer sobre su silla y se puso á reflexionar en aquella inesperada aparicion. Habia temido cometer una falta recibiendo á aquel jóven sola en su cuarto. Ana no habia vuelto todavía. Comprendió que se habia adelantado á mucho con aquella sola palabra. En efecto, si Jorge hubiera sido para ella una persona indiferente, ¿qué cosa mas sencilla que dejarle ver sus dibujos, preguntarle naturalmente su parecer y despedirle despues con la política que conviene? Pero despedirle desde luego, ¿no era decirle al contrario? Vos venis aqui por mí, cosa muy distinta de un aficionado á pinturas; no venis á ver mis flores, sino á mí; lo sé; os agurdaba, y yo no debia dejaroslo conocer; ¡pero ya habeis vuelto!

Cayó en un acceso de tristeza y desaliento. Al entrar su hermana la encontró muy abatida, y la costó gran trabajo el comprender lo que habia sucedido. Por la noche se acostó Juana con un poco de calentura.

Jorge, por su parte, se habia conmovido bastante con aquella fria recepcion. Apenas se despidió de Mme. Blanchemain, que le dijo riendo:

—No se quejarán de que haceis visitas largas.

Y volvió á entrar en las sombrías alamedas del bosque, que eran el sitio preferido para sus reflexiones.

Detúvose á los piés de la virgen negra, imagen venerada que protege una de las plazuelas del bosque, como para tomar á Maria por testigo de la rectitud de sus proyectos. Entonces comenzó á penetrar la luz en su espíritu.

—Si yo no fuera nada para ella, me hubiera recibido como á todo el mundo; empero mi presencia la conturbó y dejaba ver claramente su profunda emocion: pensaba en mí tal vez, y esta coincidencia de pensamientos es como un vínculo entre nosotros.

Por último, jamás hombre se halló mas contento y feliz por verse despedido con una palabra de reconvenccion. Comprendia, además, que era el ofendido, y conocia toda la ventaja que tendria en otra entrevista.

Recordábase entonces la actitud de la jóven inclinada sobre el respaldo de la silla, y los contornos de su esbelto talle, que los lazos de un corsé jamás habian oprimido. Volvia á ver aquel ramo de flores que se hallaba á su lado en forma de recuerdo, y se dirigió á Paris para volver á continuar con confianza su vida activa y aplicada al trabajo.

XX.

UNA AMIGA.

¿Qué habia pasado en la casa de Mr. Wolff desde que hemos dejado su palacio en la Chaussée d'Antin para seguir á Jorge en sus aventuras? Embarazada se hallaba Mme. Wolff con el papel que habia representado en el jardín, y herida de la audacia con que acusaba á Jorge: el aire cuidadoso de su marido, la precipitada marcha de

Jorge, la causaban mil temores. El remordimiento y la agitacion alteraban su salud. Permanecia en su cuarto tendida sobre un diván, y Borghese la acompañaba sin dejarla un momento, temiendo alguna inoportuna confesion.

Despues de la vuelta de Jorge, cuando Borghese supuso que se hallaba su amiga bastante castigada de su ligereza, la dijo:

—Luisa, me ocultais vuestras penas: ¿teneis algun disgusto que os ponga mala? ¿No podeis acostumbraros á los alfilerazos de lady Wilson? ¿Qué os ha sucedido?

—Querida Borghese, dijo Mme. Wolff, no es lady Wilson la causa de mi desgracia, es.... no podréis adivinarlo.... Pero teneis toda mi confianza; me habeis dado tantas muestras de vuestra amistad, que es preciso que escucheis mi queja y me deis un consejo. Para deciroslo todo, es á vos sola, tan buena é indulgente, á quien me atrevo á confiar este secreto: ¿os acordais de aquella ridícula apuesta?

—¿Cuál? replicó Borghese con aire asombrado.

—Aquel simple alfiler, con el que encontré un medio de ocupar toda la casa; vos misma ¿no me habeis desafiado como los demás?

—Si; ¿pero qué gran mal hay en eso? Recuerdo que habeis perdido y pagado legalmente á lady Wilson los lises que formaban la apuesta. ¿Os arrepentís de ello? Lady Wilson, á pesar de su genio, es caritativa, y aquel oro ha aprovechado á una familia infeliz; tengo la prueba de ello.

No es el dinero perdido en la apuesta lo que siento; pero veo que no comprendéis nada, Borghese; será preciso que os lo diga: he ganado la apuesta, y ved aqui el dichoso alfiler del que no sé qué hacer, y que podria creer encantado por los tormentos que me agitan desde que hice aquella detestable apuesta.

—¿Y desde cuándo, Luisa, pagais las apuestas que ganais? ¿Por qué sois tan generosa?

—Porque á vos sola, Borghese, quiero confesar que la he ganado; porque sois buena é indulgente; porque me conoceis, y porque vuestro Sr. Jorge, que habeis tomado por un santo, es un hombre atrevido y audaz, de quien es preciso que desconfieis. Rubor me daria de contar á cualquiera otra lo que me ha sucedido.

—¡Buen Dios! ¿Pues qué ha ocurrido? dijo Borghese con un aire sorprendido. ¿Qué os ha hecho ese pobre jóven?

—Pues bien; ese inocente se ha aprovechado de que me hallaba medio dormida oyendo sus discursos, para darme un beso en el jardín.

—¡Eso es muy divertido! replicó Borghese; un estudiante que besa á la señora con todas las psertas abiertas.

—Podeis reiros, Borghese, y entonces seréis como los demás; yo os creia mejor y mas caritativa. ¿Créis que si yo hubiera pensado esponerme á semejante insolencia, le hubiera rogado y pedido esa maldita reliquia? Pero no es todo eso: todo lo sucedido es sumamente inocente; pero puede ser mal interpretado y objeto de murmuracion. ¿Habeis notado el aire brusco y reservado de Mr. de Wolff? ¿Y cómo me esplicaréis esa precipitada marcha de Jorge? ¿Es un drama en el que me dan un papel? ¿Soy ya una esposa infiel, porque un impertinente se ha permitido tocar me con sus labios, y mi seductor á quien castigan de su felicidad con un destierro? Todo esto es sumamente ridiculo. Querida Borghese, podeis responder de mí, sabeis la estimacion, el afecto que he tenido siempre por Mr. Wolff, conoceis toda mi vida. Es preciso que vengais conmigo, que contemos esa lamentable historia, y que se sepa que el puro, el inocente de Jorge, abraza sin cumplidos, y por sorpresa, á la mujer de su protector.

—Pero, por último, dijo Borghese, no se abraza á una mujer por nada; yo me he encontrado con él sola mas de diez veces que vino á mi casa á acompañarme al piano, y solo le he encontrado respetuoso y casi intimidado en nuestras conversaciones á solas. Vamos, algo habréis hecho para que llegase hasta ese punto.

—¡Dios mio! casi nada; estaba agitada como

sabeis, por ganar mi apuesta; me gusta salirme con cuanto emprendo, y no sé por qué me empeñé en tener aquel alfiler: entonces....

—Entonces ¿qué? dijo Borghese.

—Entonces yo cogí una flor; y ¡bien! le ofrecí aquella flor por el alfiler, cuyo valor, por una tontería, se aumentaba á mis ojos á proporcion de la resistencia.

—¿Y despues?

—Despues continuó Mme. Wolff, me coloqué aquella flor en mi cinturon y figuré que dormia.

—¿Y creéis todo eso muy inocente? Ya veis, él no os ha llevado.

—Demasiado lo sé, dijo Mme. Wolff; pero yo no os pido que me echeis un sermón de moral, sino que me deis un medio de salir de esta falsa posición.

—El medio, el medio, yo le tendré, replicó Borghese; pero es con dos condiciones, y la primera os parece ya intolerable.

—¿Cuál es, pues?

—Querida Luisa, por el pronto escuchad un sermón dividido en tres puntos.

Mme. Wolff se tendió en el divan con aire abatido.

Borghese se colocó en un sillón delante de ella con aire magistral.

—Mi querida hija, dijo: sois buena, sois preciosa, amais á vuestro marido, que es el mas afectuoso y el mas generoso de los hombres; teneis cuanto quereis; podeis crear ocupaciones útiles y divertidas; estais en la posición mas envidiada, porque teneis el raro privilegio de poder distribuir vuestras liberalidades á los que padecen. ¿Pues bien! ¿Cómo empleais vuestro tiempo? En puerilidades, en futilidades y palabras inútiles, que dan pábulo á la murmuración; en combinar empresas aventureras como la de que no podeis salir; en provocar, por vuestra coqueteria, la atención de un inocente ocupado todo en el cumplimiento de sus deberes. ¿Habeis comprendido el peligro?

—Ya lo veis, y sabeis bien, querida Borghese, puesto que os llamo á mi socorro.

—Y ahora, continuó Borghese, la otra condición. Si os saco de este peligro, ¿me perdonaréis todos los medios de que he querido valerme, yo, á quien habiais desafiado á proteger á Jorge bajo mis blancas alas? ¿Y me prometeis todavía ser para esa jóven un *madre* graciosa y prudente?

—Sabeis que os prometo cuanto querais; pero hablad, mala amiga.

—Pues bien; sabed que yo velaba sobre vos, porque no sin peligro se duerme bajo los mirtos en flor. Hoy os devuelvo el beso que os cogí y la flor que tanto os pesa haber dado.

Y la arrojó una flor de granado ajada.

—Yo he sido, vuestra Borghese, ese impertinente de quien teneis que quejaros. Mi pobre Jorge está enteramente inocente; ya se hallaba lejos de vos, tanto temia vuestros encantos, cuando yo cogí un alfiler que coloqué en vuestro cinturon, y os ruego creais que no está hechizado.

—Estoy furiosa, dijo Mme. Wolff demasiado satisfecha del desenlace. Pero ¿por qué me habeis dejado padecer tanto tiempo y hacer malas suposiciones sobre el inocente Jorge?

—Para castigaros y para vengarle, dijo seriamente Borghese.

Abrazáronse las dos amigas y se prometieron guardar secreto.

Mme. Wolff se hallaba curada. Por la noche en el salón todo el mundo se encontraba muy bien humorado. Mme Wolff agarrada del brazo de su marido, recibió á Jorge con una amistad y afecto enteramente maternal. El se llevó los obsequios de la sociedad; hicieronle contar sus viajes. Mr. Wolff le felicitó y manifestó la intención de interesarle en sus negocios. La tranquilidad y la paz habian vuelto á aquella casa, gracias á la prevision de una amiga.

XXI.

AL CABO DEL CAMINO.

Jorge se puso á trabajar con doble ánimo, porque, por una parte, conocia cuánto afecto y esfuerzos debia á Mr. Wolff, y por otra habia fijado

definitivamente sus planes para el porvenir. Todas sus reflexiones se conformaron con la excelente opinion que habia concebido de sus protegidas, y el verse despedido por su amada, lejos de herirle, aumentaba todas sus esperanzas.

Con nuevo ardor emprendió á ponerse al corriente de los negocios, siempre activos y prósperos de la casa de Wolff. Pasar las noches sin dormir, no le costaba trabajo, porque se decia á sí mismo al tiempo de trabajar: sé ahora á quien aprovechan mis vigiliias. Pasáronse así algunos dias, y una mañana recibió Jorge una carta con el sello de San German, y cuya letra temblona no le era desconocida.

Nada revelaba la fatuidad en el carácter de Jorge, y sin embargo, preciso es confesar que aguardaba aquella carta. Hé aqui su contenido:

«Mi querido Sr. Jorge :

«Es una felicidad que me hayais dejado vuestras señas, porque tenia necesidad de escribiros, y no quiero hablar de esto á vuestras vecinas. ¿Qué habeis, Sr. Jorge, vos que por vuestro aire modesto y vuestro buen corazón me habeis inspirado tanta confianza? Os invité á subir á ver á mis queridas niñas, y no sé lo que allí ha pasado. No hemos podido sacar nada de Juana, á quien habeis encontrado sola, y que desde aquel momento se halla triste y enferma.

«No tengo necesidad de deciros que cuando se hace un favor á las gentes, se las debe tener consideración y respeto. Me atrevo á creer que no tengo que echaros nada en cara sobre este punto.

«Si vuestra conciencia se halla tranquila, venid á verme mañana domingo, porque tengo que hablaros seria y confidencialmente. Estarémos solos.

«Esperando que seais siempre digno de nuestra amistad, os saludo con el mayor afecto,»

Viuda Blanchemain.

El domingo por la mañana, Jorge muy contento con saber que le llamaban, pero preocupado con la salud de Juanita, se hallaba á la puerta de la casa blanca.

—Llegad, mal sugeto, dijo Mme. Blanchemain, tengo muchas cosas que deciros, y estamos solos. Decid francamente, Sr. Jorge, aqui entre los dos; decid como si hablarais á vuestra madre, á la madre de Juana, ¿qué habeis dicho á esa pobre niña, qué la habeis hecho, para que esté en tan triste estado? Habeis pasado por la iglesia para entrar en esta casa de ángeles; habeis pasado con piedad para adquirir nuestra estimación; os están muy agradecidas, os lo he dicho. Esto os imponia grandes deberes y una gran reserva de que os creia muy capaz, yo que me precio de conocer á las gentes por su fisonomía. ¿Por qué habeis abusado de la entrada que vuestros negocios os daban en esta pobre casa para introducir en ella la perturbación? Responded inmediatamente. Si queriais solamente entrar en una de esas relaciones frívolas, en las que tantas personas pierden su presente y comprometen su porvenir, ¿por qué no os dirigís á personas de buena voluntad y que quieran esos tratos que tanto abundan en Paris? Si veniais únicamente por negocios, como habeis llegado á decirnos, mas mal haciais con vuestra generosidad que bien. Sin embargo, con ese aire de hombre honrado..... Pero hablad, hablad, que yo sepa si sois el amigo que nos reservaba la Providencia, ó un enemigo que ha penetrado bajo nuestro techo en nombre de la necesidad, y no creais que vais á engañarme, añadió tomando un polvo de tabaco y mirándole fijamente.

—Tranquilizaos, respondió Jorge sonriendo en cuanto pudo tomar la palabra, porque la buena vieja no dejaba meter baza; no tengo nada que echarme en cara, y soy siempre digno de vuestra estimación y la suya. La fisonomía de Juana, su talento, lo que de ella me ha dicho un hombre tan apreciable como Mr. Redouté, me han inspirado desde luego tanto aprecio como respeto hacia ella. Todo lo que he visto aqui, no ha hecho mas que confirmarme en mi opinion; el sitio en que he encontrado á Juana en San German, debia

serviros de garantía á mi conducta. Cuando me invitásteis á ello, subí el otro dia á su casa; me pareció que se habia incomodado de que volviese tan pronto, y con una sola palabra que pronunció me retiré disculpándome, y he prometido no volverme á presentar sin su permiso. ¿Qué podia yo hacer? Y no creais que he guardado el menor resentimiento por este recibimiento tan frio; he aprendido á estimar á Juana mas todavía por esa susceptibilidad muy natural, y por esa prudente reserva que tiene, y me hallaba muy satisfecho al marchar, cuando otros lo que hubieran deseado era quedarse. Ya veis, mi querida Mme. Blanchemain, que todavía puedo ser el que esperais para socorrer y amar á vuestras niñas; ya veis que no soy indigno de vuestra confianza y buena hospitalidad.

—Y la alargó la mano.

—Pues bien, hijo mio, no me habia engañado mi pobre corazón, dijo Mme. Blanchemain, y cogiéndole una mano que conservó entre las dos arrugadas suyas, continuó: ¿Qué pensais hacer? Porque comienzo á ver claro en el pensamiento de Juana, gracias á vuestras esplicaciones. ¿Habeis pensado en el porvenir? Encontraréis en el mundo ventajosas ocasiones de estableceros, y si comenzais aquí relaciones vaciadas cuanto querais en la estimación y en el respeto; pero quién sabe si la pobre Juana no conservará de esas relaciones pasajeras una memoria seria, y si no la espondréis involuntariamente á tristes consecuencias: el corazón de una muchacha se compromete fácilmente. ¿No es mejor hablar de todo esto entre gentes razonables antes de adelantarse en un camino de donde es difícil retroceder?

—Mi querida Mme. Blanchemain, dijo Jorge, habeis hablado de la Providencia y yo tambien creo en ella; creo que ella es la que me ha puesto en presencia de Juana; creo que esta relación corresponde á la mas dulce necesidad de mi corazón, y sé que mi madre no opondrá obstáculos alguno á mis proyectos. Os daré la prueba. Pero no creo deber declarar, en cuanto al presente, mis intenciones, y espero que alabaréis mi prudencia. Seréis mi confidente, y me ayudaréis á preparar la felicidad de Juana. Tengo necesidad de vuestros auxilios para tranquilizarla, y formaremos entre nosotros, si quereis, un complot para crearla un porvenir.

—Perfectamente hablado, dijo Mme. Blanchemain; ahora es preciso que subais á consolar á las afligidas, como os aconseje vuestra razón y vuestro corazón, para no ofenderlas al quererlas servir.

Mme. Blanchemain entró la primera.

—Niña, dijo á Juana, que se hallaba sola, aqui os traigo al Sr. Jorge, que queria saber en qué estado están vuestras pinturas.

Entró Jorge y presentó su mano con una mirada que imploraba su perdón. Juana la alargó la suya con franqueza y apresuramiento.

—Tenia necesidad de vuestros consejos, le dijo:

Y se dejó caer un poco pálida en un gran sillón.

(Se continuará).

ESTE MUNDO ES UN FANDANGO.

NOVELA ORIGINAL DEL CORONEL

D. MARIANO RUIZ-LORENZO.

INTRODUCCION.

Vamos á mostrar al lector una de esas mil escenas que á cada paso ocurren en la coronada villa, que, aunque privadas, no dejan por eso de saberse, y por lo tanto, de tener cronistas malos ó buenos que las publiquen, cuando en ello no haya perjuicio de tercero, ni sea fácil, en el magnum de la corte, el poner en evidencia á los actores, y si ofrecer un rato de solaz al par que enseñanza, porque demuestra las miserias y debilidades de la criatura, que es lo que nos propusimos al emprender la tarea de este libro, de que forma parte la presente novela; no lle-

vando en ello otra mira que la esperanza de que su lectura pueda corregir en algún tanto ciertos vicios de la sociedad, poniendo de manifiesto el ridículo que llevan consigo.

Si lo conseguimos, quedará suficientemente recompensada nuestra tarea, y la sociedad recibirá un bien, que harto necesita en la agitada y trabajosa crisis que vamos cruzando, consecuencia natural de la porción de novedades introducidas en las costumbres de un pueblo, que vivía en un grande atraso, comparado con una parte de los del resto de la Europa. Porque el transformar de arriba á bajo las costumbres inveteradas de una nación, no es obra que se consigne completamente en medio siglo.

I.

Se generalizó tanto en Madrid el llamar *pollos* á los jóvenes imberbes, que revoloteaban al redor del bello sexo, con sus sendos cigarros puros en la boca; llevando la voz en las sociedades que los toleraban, lanzando su parecer sin apelación sobre cualquier asunto que se tratase, no dejando meter baza á nadie y dándose la importancia que en sí aun no podían tener, que consideramos desde luego la aprobación de semejante apodo, como verdadera, como general demostración de la opinión pública, mas verdadera, mas unánime que otras que se suponen á esta pobre opinión, tan llevada tan traída, tan explotada por algunos que pretenden ser sus legítimos órganos.

Hecha esta advertencia con tanto mas motivo, cuanto que un *pollo* va á ser el protagonista de nuestra novela, entraremos en la narración del asunto, si no confiados en nuestras fuerzas, al menos con la esperanza de la indulgencia del lector, que sabrá apreciar nuestras buenas intenciones.

En uno de los pueblos de Castilla vivía un honrado labrador, que habiendo enviudado hacia quince años, había rehusado el volverse á casar, por no dar madrastra al hijo único que tenía de su feliz matrimonio, á quien había faltado á la mejor ocasión la base esencial para la educación, que son las madres, quienes comienzan á formar el carácter de los hijos, imbuyéndoles saludables máximas que los hacen dulces, afables; les encarnan, digámoslo así, los primeros rudimentos de la religión de nuestros padres, el temor de Dios, el amor al prójimo; los acostumbra á la higiene del cuerpo y á la expansión del espíritu; en una palabra, son el hortelano que empieza á guiar la nueva planta, hasta que estando en sazón, viene á manos del científico horticultor, que hace los injertos de que es susceptible, caminando de este modo á su perfección la humana obra.

D. Bruno, que así se llamaba el labrador, si bien era un hombre laborioso, y que por la buena reputación que se había granjeado con su probidad, gozaba de mucho prestigio en la comarca, no era mas que un rústico, aunque bien acomodado vecino del pueblo, pues apenas sabía leer y mal escribir; y no queriendo que su hijo careciera de los elementos de ilustración que él echaba tanto de menos, procuró que recibiera una educación mas esmerada, mandándolo al cuidado de un preceptor á la capital de la provincia, y despues á la corte para cursar en la universidad.

Mas el joven Atanasio, que así se llamaba el nuevo *pollo* aparecido en Madrid, lleno de resabios, poco aficionado á las tareas escolásticas, adelantó tan poco en la instrucción primaria, y menos en los dos años que llevaba asistiendo á la universidad, que lo único que sacó en limpio fué una regular forma de letra, y porción de ideas que bullían en aquel cerebro, iniciadas por la infinidad de novelas que leía desde que llegó á la corte; de ese turbion de escritos que nos vienen sin cesar del extranjero, de los que estaba llena la mesa de su cuarto; pero sin que apareciera en ella ni uno de los libros de texto de las asignaturas que cursaba.

El romanticismo, la política, en la que se engolfaba dos horas al menos todos los dias en uno

de los gabinetes de lectura, el ambicionar ser escritor periodista y el conseguir un empleo, estos eran los sueños dorados del joven, y ya al tercer año de curso, ni una vez asistió á las cátedras, ni, se supone, tampoco se presentó á exámenes, ni por lo tanto pensó en matricularse para el año siguiente, porque se creía ya bastante instruido para conseguir el objeto de sus aspiraciones.

Ya se ve, tenía ante sí ejemplos que le afirmaban cada vez mas en sus descabelladas ideas, viendo no solo á uno, sino á varios de sus compañeros, dejar los estudios para ir á servir destinos que tanto halagaban el amor propio del joven, observando figurar ya á aquellos casi imberbes en puestos arrancados tal vez á algun antiguo empleado que, cargado de familia, habría quizás quedado en una miserable cesantía.

Con semejantes ideas pensó en calcular por qué color político se decidiria. En uno, pensaba para sí, recompensan bien; pero tenía la con-ra de que iban tantos á la parte... En otro, no hallaba padrino que lo introdujera; mas al fin encontró una fracción en que había una persona de valía, que era al propio tiempo director de uno de los periódicos, el cual se había servido mas de una vez del padre del joven para que con su buen crédito en el país, influyera á su favor en las elecciones de diputados, y con semejante idea escribió al autor de sus dias, para que le remitiera una carta de recomendación que le introdujera cerca de aquel personaje; pero guardándose bien de explicarle el objeto ó fin que en ello se llevaba.

El padre que ignoraba las prematuras aspiraciones de su hijo, á quien creía muy aplicado en seguir sus estudios en la universidad, le remitió una carta muy espresiva para aquel sugeto, que le debía buenos servicios en varias ocasiones, y en virtud de ella fué bien recibido Atanasio. Pero observando el director lo poco que podia dar de sí aquel ente de ideas tan superficiales; por darle gusto, y creyendo al mismo tiempo quedar bien con su padre, le empleó en la redacción del periódico, en una tarea no científica ni literaria, pues tenía únicamente á su cargo el doblar y poner fajas y sobres á los periódicos que se remitían á provincia.

Por algo se ha de empezar, decia el joven: dentro de poco escribiré en el folletín, y despues.... despues, cuando logre darme á conocer, cuando pueda desarrollar al público mis ideas.... ¡Entonces!....

De aquí formaba mil castillos en el aire, se transformaba imaginariamente en un consumado y temido escritor, se lanzaba á hacer la oposición al gobierno, era nombrado diputado con el apoyo de su padre, forjaba en su fantasía furibundos discursos que hacían estremecer la tribuna, retemblar el edificio de las Cortes, hasta que al fin llegaba á ser e egido ministro. Pero aqui paraba su acalorada imaginación, volvía en sí, y se encontraba doblando periódicos y poniendo fajas y sobres. Se entristecía, y ya le empalagaba aquella ocupación tan poco propia de un aspirante, nada menos que á uno de los primeros puestos del Estado.

Concluida su tarea periodística, caladas sus gafas, aunque gozaba de buena vista, y con su indispensable puro en la boca, se lanzaba á pasear al Prado, engolfándose en el galanteo, que, despues de la política, era lo que mas ocupaba las potencias y sentidos del almibarado *pollo*.

II.

Un año mas pasó en estas *graves* ocupaciones, sin que el honrado D. Bruno lograra atraer al lugar, en tiempo de las vacaciones, á su querido retoño, en quien fundaba sus mayores esperanzas, cuando un incidente desagradable vino á acibarar por el pronto la existencia periodística del flamante escritor.

Fué el caso, que habiendo sufrido una fuerte indisposición el encargado del folletín, y siendo precisamente la temporada de verano en que suele no estar completo el personal de las redacciones de los periódicos, se aprovechó el *pollo* de la

ocasion para escribir algo, y este algo fué introducido, se supone, de contrabando, alguno que otro suelto criticando, ya indirecta ó ya directamente, á alguna persona á quien tuviera ojeriza, porque valdria un poco mas que él, resultando de ello algunos disgustos en la redacción. Pero como había pasado desapercibido el origen de aquellos sueltos, que tanto engreían al autor, y fuera creciendo, creciendo, si no en saber, al menos en osadía, se pasó á mayores, escribiendo uno en que, equivocando los frenos, lo que había de decir de los enemigos políticos, lo aplicó á los correligionarios del periódico, armándose un cipizape en la redacción, que no pudo menos de dar por resultado el averiguar quién fuese el autor de tal ex-abrupto.

Quedó, pues, cesante de periodismo el pobre de Atanasio, mas considerando el director del periódico que se acercaban nuevas elecciones, por tener propicio á D. Bruno, que como hemos apuntado, se hallaba por cierto ignorante de cómo pasaba el tiempo su hijo en la corte, consiguió para el *pollo* una plaza de auxiliar supernumerario en uno de los ministerios.

Aquí era de ver á Atanasio vender profecía á todo el mundo, dándose una importancia tal, que ya hasta se desdenaba de asociarse con los *pollos* de su camada. ¡Viva la osadía! exclamaba: el que es pacato, el que se detiene en consideraciones tontas, el que se ahita de prudencia, de moderación, jamás será nada: en mí está la muestra. Rompi por medio, lancé desvergüenzas á tréche y moche, ó por mejor decir, verdades, aun cuando las verdades siempre amargan, y esto no pudo menos de halagar, aunque solo fuera *in petore*, á mi protector; porque gustan de todos los denuestos que se dicen á los contrarios. ¡Y aquel *quid pro quo*, aquella equivocación de marras en que puse á nuestro mismo partido de ropa de pascua! El que escribe con conciencia de lo que dice, nada tiene de particular que cometa un pequeño desliz. ¿Y habré yo sido el primero? ¿Y qué perdí en ello? Al contrario, he ganado en posición y.... quién sabe si otro juego semejante me empuje á mayor altura.

Tal modo de filosofar, que á la sazón no dejaba de estar en boga, iba llevando al joven por sus pasos contados á ese camino fatal en que se forman hombres que, involucrando las cuestiones, metiéndolo todo á barato, sin mas norte que sus pasiones, son causa de esos conflictos, de esas disidencias, de esas divisiones de partidos que tienen trastornada la atmósfera política, desvirtuando las sanas intenciones de las altas capacidades del país, de las personas de provecho que pudieran regenerarlo.

III.

Colocado ya el *pollo* en una posición oficial, que por un orden regular no podia esperar á la corta edad de diez y nueve años, sin méritos ni conocimientos de ninguna especie, y elevado á la categoría de semi *gallo*, con tanto mas motivo, cuanto que, en fuerza de afeitarse el bozo una y otra vez, había conseguido, aunque prematuramente, un gracioso bigote.... ¿Y por qué no lo había de llevar? ¿No lo llevaban todos, hasta los barrenderos de la villa, hasta los cocheros en su soberano pescante?

Es verdad que el bigote tiene su origen, como todas las cosas, y tambien lo es que anteriormente, como signo de gravedad, de firmeza, no lo usaba mas que la clase militar, y no toda, pues había varias órdenes que circunscribían su uso únicamente á la caballería, artillería y á las compañías de granaderos y cazadores de la infantería. Pero despues se dió un gran ensanche á la propiedad; pues si bien nuestros antepasados usaban de una frase familiar que decia: *El bigote al ojo, aunque no haya un cuarto*; que aludía á los que, con cortos medios ó pobres recursos, querían ostentar gravedad ó circunspección: las circunstancias variaron, pues que lo usaron en nuestros dias hasta los toreros, que con sus vestido de majo, traje que se lleva con gracia, desenvoltura y guapeza, les sentaba el mostacho, como en manos de un santo un par de banderillas.



Y anunció la criada, muy seria y con voz enfática: ¡el Sr. D. Atanasio de Ruidera!

Ya se ve, fué una moda importada del extranjero y es necesario respetarla. Solo falta que la use el clero, y que como consecuencia natural, cualquier profano pueda á su vez abrirse en la cabeza la corona clerical. Así como así, tan propiedad individual es el pelo de la cabeza, como el de la cara, y la propiedad del individuo debe ser respetada religiosamente.

Ojalá y se hiciera respetar tanto la que mas interesa á la sociedad, y no se viera, como ya indicamos en otro lugar de este libro, á los hacendados espuestos á cada paso á ser víctimas de cuatro desalmados, que acechan su presa para llevársela, y exigir á veces por el rescate mas de lo que puede valer su hacienda, y de no aprontarlo ser cruelmente asesinados. Pues si comparamos bien que no son desgraciadamente tan estrechas las mallas que forman la red de la guardia civil, que pueda absolutamente evitarlo, tambien consideramos que esta clase de malhechores, donde debe perseguirse y estinguirse mas fácilmente es en los pueblos, teniendo bien planteada la vigilancia para averiguar en qué se ejercita cada uno y de qué vive; á menos que tambien se nos quiera argüir, como alguno lo ha pretendido ya, con que esto sea atentatorio á la libertad é independencia con que deba vivir la criatura, ó lo que es lo mismo, que las vidas y haciendas estén á merced del mas fuerte, no en valor, sino en alevosía.

Pero nos hemos engolfado mas que hubiéramos querido en la cuestion de propiedad, y es necesario volver á nuestro Atanasio, á quien seguiremos ahora en sus amores con una dama, cuya fisonomía y la de su familia vamos á bosquejar.

IV.

Para conseguirlo creemos lo mas oportuno mostrar primero al lector la casa que frecuentaba ya nuestro semi gallo, á resultas de conocimiento hecho en el Prado, palenque donde se urden las intriguillas amorosas de la corte, por medio de palabras dichas al vuelo, ó por perfumadas misivas que se cruzan entre las partes interesa-

das; á todo lo que los papás suelen hacer la vista gorda por ver si al fin pica un pez de provecho; sin que por otra parte puedan resultar de solo esta clase de telegrafia ciertos inconvenientes que suelen dar al traste con la reputacion de una doncella.

Atanasio habia pasado por todos estos circunloquios amorosos, y ya con el carácter de novio habia obtenido entrada en casa de su amada, se supone á horas convenientes, y eso que en Madrid es difícil el fijarlas.

Porque unos viven á la antigua española, esto es, desayunándose á las ocho de la mañana, comiendo á las dos, tomando el chocolate ó la taccilla de almibar á las siete de la tarde ó de la noche, segun sea verano ó invierno, y cenando á las once ó las doce; á la vez que otros lo hacen á la francesa, almorzando á las once ó las doce de la mañana y comiendo á las seis ó las siete de la tarde, plan de vida, que, aunque creemos mas económico, al menos en combustible, no lo consideramos muy conveniente para los que, habiendo nacido á fines del siglo pasado ó principios del presente, á los cuarenta y tantos ó cincuenta años de edad trastornaron completamente su sistema de vida, cuya novedad viene siendo de moda hace mas de veinte años; pero que podrá convenir ciertamente á la actual juventud, si se ha hecho desde el principio á semejante plan. Y sin entrar en cuestion sobre cual de los dos sistemas sea mejor, si el español ó el francés, aun cuando sea muy cuestionable en un país como el nuestro, tan meridional, nos atenderemos á que el gobierno eligió el ultimo para el mundo oficial, y punto redondo.

Así, sucedia que Atanasio comia á la francesa, y en casa de su prometida, á la española, teniendo que elegir por lo tanto, como visita ya de confianza, la hora de las nueve de la noche — ya dijimos que era verano — en que despues de comer y de ir á tomar la obligada taza de café, con que era moda regalar al estómago, aun cuando su comida no fuese de las mas suculentas que necesitase de tal digestivo, se dirigia al lado del ídolo de su albedrio, que, aunque huérfana tam-

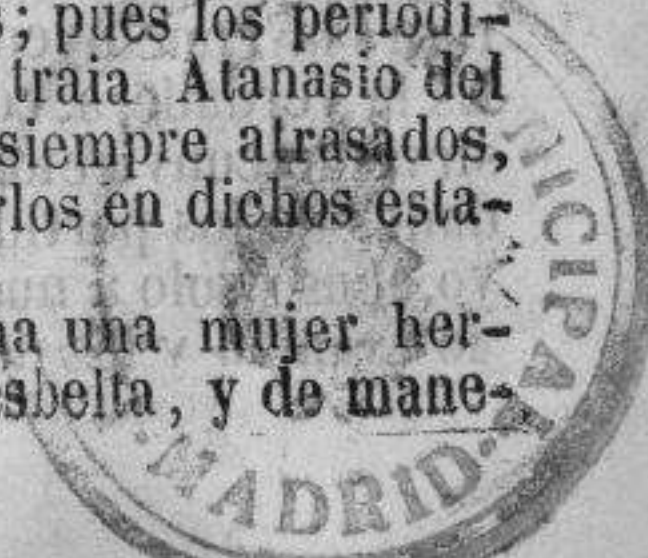
bien de madre, aun cuando no estuviese el padre en casa, se hallaba la hermana de la joven, por lo que no habia inconveniente en recibirlo.

Y á propósito del café: lo mucho que se ha generalizado su uso, de cuarenta años á esta parte, si hemos de atenernos á cierto sistema médico, no ha podido menos de dar excelente resultado para la salud pública; pues siendo un digestivo reconocido, debe obrar un efecto tal en la muchedumbre que puebla los cafés, y especialmente en aquellas personas que por sus no grandes facultades, sus comidas deberán ser poco confortantes, que limpiará sus estómagos con una facilidad tal, que los dejará como cañon de órgano, disminuyendo por lo tanto las indigestiones, aun cuando se haya ideado mezclarlo con leche, sin duda para atenuar los efectos de la anti-nutricion que pueda causar la aromática bebida, en los que usan tan parvos alimentos. De todos modos es un adelanto, pues es mejor para la salud este pasatiempo en la mesa de un café, entre dos ó tres amigos, que el que se hacia acompañado únicamente de bebidas espirituosas, aunque algunos las mezclen aun al café para hacerlo mas confortable.

V.

En el centro de un gabinete decentemente puesto, que, además de la consiguiente puerta de entrada, tenia á un lado la de un balcon, abierta por el calor sofocante que reinaba, aunque á cubierto de miradas indiscretas por medio de su correspondiente cortina, y al otro lado la de una alcoba, habia un velador; en él la lámpara y varios periódicos, y á su inmediacion se hallaban sentadas las dos hermanas Ana y Dorotea: esta haciendo labor, y aquella leyendo las noticias políticas de los dias anteriores; pues los periódicos que tenia delante, se los traia Atanasio del gabinete de lectura, y eran siempre atrasados, que es como se permite sacarlos en dichos establecimientos.

Ana, sin ser lo que se llama una mujer hermosa, era agraciada, alta, esbelta, y de mane-



ras estremadamente elegantes. Pizpireta de diez y ocho abriles, con mas vanidad que talento, y con sus ribetes de fátua, era una criatura imbuida en máximas quiméricas, ocupada exclusivamente de la política, llena su cabeza de ideas que no podía digerir su inteligencia, representando el papel de mari-sabidilla, y por consiguiente, muy poco afecta á los quehaceres propios de su sexo. Tal mentor habia venido á afirmarla mas y mas en la frivolidad de sus conceptos; pues con semejantes dotes, nada mas natural que el que hubiese simpatizado con Atanasio, habiendo tal mancomunidad de pensamientos.

Dorothea, con semblante menos animado y mas naturalidad en sus maneras, no carecia de atractivo, por sus hermosos y rasgados ojos, linda boca y alabastrino color. Tenia dos años mas que su hermana, era de carácter grave y reflexivo; y aunque algo positivista, de buenos sentimientos, laboriosa, y la que estaba al frente de los quehaceres domésticos, teniendo en buen orden la casa.

Oigamos el diálogo de las dos hermanas.

—¡Qué pesadas se hacen las horas con este calor tan insufrible! exclamaba Dorothea. Los hombres al fin tienen el recurso del café, donde al menos pasan una hora sin fastidio; pero nosotras.....

—¿Por qué no lees los periódicos como yo? le contestaba Ana. Justamente los tienes aquí de todos colores.

—Pues hé ahí cabalmente lo que me ha quitado la ilusión. Si el uno dice: *Las cosas marchan perfectamente, caminamos con viento favorable, hacia un porvenir de paz, de abundancia, de adelantos;*..... el otro replica: *La marcha del gobierno es tortuosa, nos precipita en el abismo.* El uno pronostica bienes sin cuento; el otro males sin fin. Esto es alimentar la incertidumbre y vivir en una continua zozobra.

—Ya porque no filosofas sobre las razones que cada uno aduce en pró de sus asertos. Si lo hicieras, no dejarías de sacar la verdad.

—Eso quiere decir, que tu sacas una consecuencia lógica de las polémicas con que llenan sus columnas.

—Sí, por cierto. Sé á qué atenerme, y á qué color político he de dar la razón.

—Pues, hermana, confieso que no llega á tanto mi perspicacia. Mientras mas los leo y mas peso y contrapeso las razones en que cada uno se funda para apoyar su respectivo plan político ó de gobierno, su predilecto sistema, mas confusa me encuentro para dar la preferencia, para declararme partidaria por convicción, de una ú otra de las diferentes fracciones en que nos hallamos divididos. Eran tantas las contradicciones que, cuando los leía, encontraba en sus raciocinios, que, como ya dije, me ha quitado completamente la ilusión su lectura. Si acaso, por pasatiempo únicamente, y eso, á veces, me pone de mal humor.

—Es porque fluctúas, porque no te has decidido, porque no has hecho profesion de fé política.

—Ni pienso hacerla por ahora.

—Y si la hicieras, ya sé yo cuál sería.

—¿La opuesta á la tuya?

—Se supone.

—Pues qué duda tiene.....

—Pero sin otra razón, sino por la de que eres espíritu de contradicción.

—¿Y tú?

—Yo tengo formadas mis convicciones hace tiempo.

—Fluctuaste, y luego que hubo intereses que contrapesaran, te decidiste. Y si no, que lo diga Atanasio.

—Y aun cuando así fuese, ¿qué mal habia en eso?

—Ninguno. Es cabalmente la razón mas poderosa, la concluyente mas usual para decidirse. Es la verdadera, con muy cortas escepciones, que sirve de convicción á eso que se llaman notabilidades de los partidos políticos. Y no te creas que yo acuso solo á nuestros hombres. Ahí están los de Francia y los de otras naciones de Europa. En

una palabra: en política, perdi todas las ilusiones.

—¡Vaya, hermana, que eso es ya demasiado indiferentismo!

VI.

Aquí iban en su diálogo, cuando fueron interrumpidas por una figura estafalaria que apareció á la puerta del gabinete. Era la criada, mujer á quien los años no habian dejado de causar desastres en su acartonada persona, escualida, jorobada, la boca sumida por falta de su armazón de huesos, nariz larga y encorvada á manera de pico de loro, de modo que se hallaba casi en contacto con su puntiaguda barba, largo pescuezo y piel atezada; causando todo este conjunto un efecto diabólico tal, que al pronto infundia espanto. Añádase á esto, que venia ataviada con un vestido de indiana verdoso bastante mal traído, con ramos grandes que habrian sido alguna vez de color de fuego; pero que ahora aparecian de color de materia, un delantal de cocina lleno de manchas, sumamente desgredada y abanicándose á toda prisa con el aventador de esparto de la cocina, y tendremos completo el cuadro de la caricatura de la individuo que hacia á la vez de cocinera, de doncella y de paje ó lacayo de antesala, pues se la oyó anunciar muy seria y con voz enfática: ¡el Sr. D. Atanasio de Ruidera! A lo que contestó Ana con el mismo tono y seriedad: que pase adelante.

Con efecto, Ana era la que dirigia el ceremonial que habia de observarse con las muy pocas personas que entraban en la casa, montado al estilo que habia oido se usaba en los altos círculos aristocráticos, cuando eran recepciones de grande etiqueta. Y por mas que su hermana se habia opuesto á esta y otras farsas de semejante jaez, porque la dolía, como era natural, el verse puesta en ridículo, nada habia conseguido, teniendo que ceder por conservar la paz doméstica.

Entró al fin Atanasio retorciéndose el bigote, y saludando á las damas, alargó la mano á su adorado tormento, quien correspondió muy ufana; no haciendo lo mismo con Dorothea, porque sabia por esperiencia que no gustaba de ciertas costumbres que la moda habia introducido nuevamente en la sociedad.

Atanasio habló de lo bien que iban sus asuntos, pues que el subsecretario le habia indicado, que aquella noche tenia en su casa un concierto, y apoyado en esto, añadió:

—Ya ven VV. que la indirecta no puede ser mas clara.

—Esplíquese V., pues no comprendo á qué alude la indirecta de que V. habla, le contestó Ana.

(Se continuará.)

VIAJE Á ALEMANIA

Y Á LAS EMBOCADURAS DEL DANUBIO
POR MUNICH, EL PAIS DE SALTZBOURG, VIENA Y
LOS PRINCIPADOS.

—Vuelta por Constantinopla, Atenas y Trieste.—

(Continuacion.—V. el núm. 5.º)

Da gusto, en verdad, ver por la mañana, á eso de las siete, todos aquellos niños del pueblo ó del pequeño comercio, vestidos con aseo, llevando en su bandolera, ó en una especie de saco, su equipaje literario y la pizarra tradicional, marchar á las escuelas sin ruido y sin disputas. Muchos aun conservan la costumbre del país: botines pequeños, la chaqueta abrochada con una hilera de botones, y su gorrita de piel, les da un aire muy original. ¡Y con qué atención escuchan la lección de gramática ó de música! con qué exactitud cantan su lección ó ejecutan los coros de una música encantadora! Y por la tarde, cuando este pequeño mundo vuelve á su casa, los unos solos y los otros acompañados por la madre, se les vuelve á encontrar tan aseados, tan contentos, pero no mas bulliciosos que por la mañana.

La misma sociedad ha conservado en aquella

parte de la ciudad un carácter distinto; menos expansiva y menos bulliciosa, parece esperarnos antes que ir á nuestro encuentro. Es poco amiga de cumplimientos; se la creeria casi desconfiada y con prevencion contra lo que no conoce; pero para el que ha sido admitido es hospitalaria y cariñosa, y bien pronto se siente el contento en medio de los que os han acogido: pocos dias son suficientes para que se os trate como de casa, y entonces es cuando admiraréis aquel interior, donde el carácter y aun las gracias están unidas á la instruccion y al saber. La sociedad de los habitantes de Munich es sin contradicción la mas notable de toda la Alemania.

Pues bien; ¿quereis ahora la antítesis de todo esto? Pasad conmigo á la ciudad nueva, es decir, á este barrio de calles anchas, tiradas á cordel, sembradas de grandes hoteles, de construcciones municipales ó reales, y huecos disparatados que nos trae á la mente la realidad de aquel principio que una ciudad se hace y que no se la hace. Ve aquí la plaza del teatro y del palacio, la calle de Luis, los nuevos bulevares, el castillo del rey, el jardin de la corte y el jardin inglés... Todo esto es verdad que es hermoso; pero se nota mas de una vez, que se ha querido hacer una gran ciudad, una capital de reino, y no un electorado, elevarse á la altura de Paris, de Londres y de Berlin; y como despues de todo se quedaba con poca tabla, se ha puesto doble altura á los tacones, se ha estendido los brazos para coger el vacío, se ha sacrificado lo real á lo posible, se ha dado un aire de grandeza que asombra, deslumbra casi al primer golpe de vista; pero bien pronto pierde el brillo. Munich es una ciudad de carton-piedra, dorado por los procederes de Ruolz. Allí en un vasto cuadro, y por consiguiente, las mas veces desierto, los monumentos de todas clases están hechos y dispuestos como las miras para trazar un parque. Aquí una puerta triunfal, allí un obelisco, una pirámide, mas lejos una fuente ó estatuas, un templo de forma antigua ó una iglesia bizantina, estudiad cada objeto en particular, reconocereis un verdadero mérito, y convendréis que los artistas han mostrado casi en todo talento, y respondido á los esfuerzos del maestro, y despues os quedaréis frios é insensibles, porque no teneis para preparar este inmenso cuadro y darle vida, el pueblo que le falta y que va el domingo á admirarle como se admira un museo, sin comprender si todo aquello está bien en él, y puede servir para usos naturales. El Munich moderno me ha llamado siempre la atención, aquellas buenas gentes que tienen vestidos nuevos y los guardan preciosamente en sus armarios, sacándolos alguna vez para mirarlos con gran placer, pero sin atravesarse á ponérselos por miedo de no gastarlos ó por estar con mas comodidad.

Pero he prometido un estudio, y principio por una crítica. Entendámonos, sin embargo. Me agrada Munich y aplaudo de gran corazón por todo lo que ha producido de bello y útil los esfuerzos de los reyes Maximiliano y Luis; les estoy agradecido de la generosa protección acordada por ellos á los artistas, de aquellas bellas colecciones reunidas en grandes frescos, alojados realmente como conviene á las obras maestras, y no soy yo quien condenará estas tendencias á volver á dar á las nobles conquistas del talento y las de la paz lo que no há mucho se reserva en otros países para el culto de la fuerza brutal: en Munich, por último, donde se debe hablar griego, Minerva ha destronado á Marte.

Pero allí es donde es fácil, sobre todo, apreciar la fuerza del tiempo. El dinero, la voluntad, la misma inteligencia ó el genio, no reemplazarán nunca lo que solo el tiempo trae, es decir, la armonía, el conjunto, la razón de ser de las cosas. Y advertid, os lo suplico, que no hago el elogio de tal época antes que tal otra; yo no llamo en mi ayuda la poesía de las ruinas ó de los recuerdos, como se podia hacer con motivo de los monumentos de Roma ó de Atenas, ó los restos del arte gótico y del renacimiento.

Hablo simplemente de esa ley necesaria que quiere que un edificio tenga su causa y su objeto determinado, que tenga sus pies en lo pasado

de una poblacion, y su frente en su porvenir; en una palabra, que en lugar de ser arrojado allí por la casualidad, porque se les ha antojado no colocarle en otra parte, se anime con todo lo que le rodee y participe de ese movimiento general, de esa vida de las ciudades, cuyo carácter verdadero representa entonces. Reducid en Munich el enorme espacio donde flotan todas esas construcciones modernas; ligadlas á las necesidades del pueblo, al conjunto de sus costumbres; marchad en pos de su vida progresiva; en lugar de adelantar, sin percibirle bien, un porvenir tan problemático, contentaos con tener el de vuestra época, guiarlo al mismo tiempo, pero sin perderle nunca de vista; evitar el ceder fácilmente á este furor artístico que no es sino el gusto de un hombre y el interés de algunos otros; dejad á un lado programas ambiciosos, la fraseología sonora y las palabras vacías de sentido; acabad, completad las cosas que se tocan, en vez de quererlo todo abrazar de una sola vez; entonces habréis hecho verdaderamente una obra útil y duradera sobre todo, y en lugar de edificar para un día, como Luis XIV en Versalles, habréis edificado para la eternidad. Neron, que era un gran artista á su manera, quemó á Roma para construirla de nuevo; la dió monumentos griegos, museos, plazas, medias naranjas y pórticos; y en el espacio de unos 50 años, su ciudad, como la llamaba, era ya una ruina. Julian hizo lo mismo en Jerusalem, y si pudo decretar la construccion de una nueva ciudad, no pudo conducir la vida donde se habia agotado la fuente; el mismo Constantino, al trasportar á Bizancio la capital del imperio, no consiguió sino acabar la ruina de Roma y hacer de Constantinopla una ciudad envejecida, semejante á esos niños nacidos en la decrepitud paternal, y que solamente tardan en morir el tiempo que otros ponen á crecer y á atravesar la edad viril. Los monumentos tomados á la Italia y á la Grecia, ó copiados con grandes gastos para embellecer la nueva residencia de los emperadores, la mayor parte fueron abandonados y arruinados, porque no tenían motivos de estar con las necesidades y las costumbres de la poblacion; hubo otros, al contrario, que respondian á aquella condicion, y han podido atravesar siglos enteros en medio de la decadencia, de las revoluciones y de la barbarie.

Perdonad, mi querido amigo, esta larga disertacion; pues era necesaria para poder apreciar bien el carácter de la ciudad que recorro en este momento. Los pintores y artistas dirán, quizás, que no entiendo nada en eso; ellos que viven del lienzo y de la piedra, y que mas quieren de esta cien metros de largo que diez, y mil cúbicos que cincuenta; pero ellos mismos saben á qué atenerse respecto de las condiciones esenciales del arte, y de las tendencias demasiado evidentes á hacer de la inspiracion una simple práctica, de la gloria duradera una serie mas ó menos estensa de libranzas á cobrar en la tesorería de la corte. Esto sentado en tésis general y con todas reservas para algunas espléndidas individualidades, voy á pasar revista á los principales edificios de Munich.

Se encuentra en el hotel Maulich, como en todos los demás respetables de Alemania, un buen carruaje cuyo precio se ajusta con el dueño de la casa, y buenos guías que se espresan muy bien en francés y en inglés. Son por lo general suizos, á quienes se les conoce la aptitud á aprender todas las lenguas. No tenemos muchos en Francia de estos *cicerones*, casi siempre inteligentes, activos y de una gran complacencia, á poco que sepais provocar su deseo. Tienen desde luego muy buenas maneras, que contrastan singularmente con nuestros pretendidos guías parisienses ó de nuestras ciudades, mitad criados y mitad mozos de cordel, con modales vulgares, ignorantes, ó pre-lenciosos, y que se toman al momento una familiaridad que desagrade. En Alemania y en Italia para ser guía, se ha de tener estado y una profesion honrosa; allí se preparan con el estudio de lenguas, con frecuentar los monumentos, sobre todo por la tradicion, porque esto es una sucesion casi de familia, y de aqui resulta que

al conducirnos vuestro guía, aprendeis á conocer, no solamente lo que visitais, sino que muchas veces os dirá la opinion emitida por tales personajes á quienes han conducido tambien; estenderá sus reflexiones, hablará de sus costumbres, y será para vos una crónica viviente. Os recomiendo, pues, mi guía de Munich, uno de los mejores que he encontrado; está agregado al hotel Maulich desde hace muchos años. El precio de reglamento, por un día, es de dos ó tres florines, es decir, cinco á seis francos. El carruaje se paga por horas ó por todo el día. No esperéis de mí que os haga enumeracion de todas las plazas, calles é iglesias que he recorrido; no hay un *itinerario* en que se dé el detalle exacto y muy minuciosamente anotado. No os quiero sino conducir á los puntos que mas me han interesado, y desde luego principiaremos por la antigua residencia ó palacio del elector Maximiliano I.

Este es para mí una de las mas bellas construcciones de Munich; y sin embargo, se la tiene abandonada; las habitaciones están vacías y desnudas: ni muebles, ni tapices, nada sino pinturas en los techos ó entabladas en las paredes, y algunas salas conservadas como depositos de objetos preciosos.—¿De dónde viene, pues, este abandono? El antiguo palacio no fué habitado sino por electores. El rey Maximiliano quiso un palacio á su gusto; el primero era del verdadero gusto de la época, estilo bastardo si quereis, pero curioso y rico, este es el fin del renacimiento donde el gusto se estravia entre los adornos exagerados y vuelve al género *rococo*: no quiero disputar; pero mas me gusta esa vasta escalera de piedra, con el pasamano festoneado y retorcido, donde las láminas de hierro corren como elásticos sarmientos; me agradan mucho mas esas grandes ventanas con numerosos vidrios de Venecia, con fallebas cinceladas y doradas, aquel pavimento, aquellos embutidos de maderas, espejos donde juegan los amores, esos cielos rasos, en semicírculo, cubiertos de pinturas heroicas, ó asuntos sacados de la mitología.—Por fuera los balcones de variados contornos, algunos grupos alegóricos que están lejos de ser intachables, bajo el punto de vista del arte; pero que gustan como espresion de un género que ha estado en boga tanto tiempo; una hermosa fuente de bronce que domina la estatua de Othon de Witelsbach, en una actitud grave y soberana; tal es el conjunto del antiguo palacio. Se le nota, es verdad, la falta de espacio y de aire; de no tener sino estrechos corredores, y de no ofrecer todas aquellas comodidades de la vida ordinaria, que nuestra época entiende á las mil maravillas. Pero he recorrido con un sentimiento de respeto como de curiosidad, las habitaciones que ocupaban los príncipes que sin ser reyes, hablaban y obraban mas alto y con mas firmeza que muchos reyes, y de los cuales uno llevó la corona imperial.—La historia de la Baviera se encuentra allí bien y mejor escrita que en los palacios modernos.—Al pasar por Munich, y en las distintas veces que paró allí Napoleon, habitó el palacio de los *Electores*. Viajero cruel, iba á Viena para abatir el escudo de armas de la casa de *Lorena* y dar un reino al heredero de Maximiliano y de Carlos VII, y durmió como un soldado en cama de campaña en una de las salas de la augusta residencia.

En una parte reservada del palacio, muy digna y curiosa de visitar, está la sala donde se encuentran las porcelanas y miniaturas por el estilo de las que Dresde y Viena nos muestran tan ricas. Se sabe cuán grande fué en Alemania, durante todo el siglo XVIII, aquella manía por los jarrones, salvillas y vasos con pié, por todos los objetos de china que el arte caprichoso podia imaginar. Era cosa de dejar en éstasis á *Mombro-Worms* y *Soliliage*, y de volver locas de envidia á nuestras duquesas mas cabales y mas encantadoras. Balzac, que era tan amante de las porcelanas, que se habia imaginado un bello día poseer una coleccion entera, habia visto sin duda el gabinete real de Munich.—Cerca de allí se nos mostró el *cuarto del tesoro* ó la *rica capilla*.—Allí se entra poniéndose antes unas pantuflas de fieltro para evitar el deslucir ó rayar el piso de marmol; se habla en voz baja como si se estuviese en un

verdadero santuario; se escucha al muy digno bedel que cuida del tesoro, y que os esplica con un tono de rezo la procedencia de estas riquezas y el origen bastante problemático de las reliquias engarzadas en oro y pedrería; despues se sale de allí, pagando bajo la forma de alquiler las pantuflas, tributo que el conserje ha tenido la vanidad de rehusaros antes, pero cuyo producto divide con los agentes subalternos. Paso, pues, á asuntos mas formales entrando en el nuevo palacio.—¿Os agradan los dorados? Aquí los hay por todas partes. En todos los puntos se prodigan, y bajo todas las formas, el mármol, el granito de las hermosas canteras del Tyrol, las columnas con chapiteles de bronce, pinturas de cuantos asuntos puedan imaginarse, la mitología griega, ó *escandinava*, ¡los francos sobre todo! Al ver tal aumento de cosas, se pregunta dónde se duerme, dónde se come, dónde se viste, dónde se puede, por último, vivir como simples mortales.—Aquí es preciso estar como los dioses del Olimpo, llevados eternamente sobre nubes, alimentándose aereamente de néctar y de ambrosia.—Sin duda hay detrás de esta magnífica decoracion los cuartos de la vida privada, habitaciones del Rey y de la Reina, y son como ni Luis XIV ni Napoleon los tuvieron nunca parecidos.

Falta, sin embargo, mucho para que un gusto puro haya presidido á todas estas construcciones, y una critica, benévola aun, las tacha con buen derecho de faltar muchas veces gracia, sobriedad y oportunidad. No basta poner por todas partes oro y pinturas; es necesario colocarlas con discernimiento, y aquí la confusion, el trabajo, la eterna repetición de las mismas cosas os hacen abreviar un examen fastidioso.—Lo que no obstante mas me ha llamado la atención, es la doble escalera de mármol que conduce del piso bajo al principal, y cuyo conjunto es grandioso.—El segundo piso mucho menos estenso, se halla ocupado por el salon de baile, llamado *sala del Museo*. Dos terrazas á cielo descubierto se prolongan por toda la fachada al extremo del Sud. Se ha conservado un salon de una forma particular: la luz viene de lo alto, y es recibida y se reparte sobre un techo interior que la descompone dulcemente y en tintas á medias sombras, de manera que no dé claridad sino á los suelos, dejando en el centro una agradable oscuridad.

(Se continuará.)

CURSO FAMILIAR DE LITERATURA

POR LAMARTINE.

TRADUCIDO AL CASTELLANO POR

D. EDUARDO PERIÉ.

(Continuacion.—Véase el núm. 6.º)

XXIII.

Por lo tanto, Mr. de Valmont habia tenido ocasion de verme en el gabinete de estudio de mi tio cuando era niño, en el cual me habia dado algunas complacientes lecciones para el estudio del griego y del latin.—La malicia que pretende saberlo y esplicarlo todo, daba á entender que habia sido jesuita, dando cierto tinte de verosimilitud á estos rumores, la prodigiosa y clásica instruccion que poseía.—Segun sus enemigos, se habia cansado de dicha orden, marchándose á Holanda y Prusia, donde su escepticismo le habia hecho ponerse de acuerdo con el rey Federico II.

En fin, un día que pasaba por la senda que costeaba el muro de la casa cerrada y silenciosa, estaba entreabierto casualmente la puerta del jardin, y presentándose mi perro por ella, espantó las cabras; y acudió el de la galería á defenderlas, produciendo entre ambos una descomunal algazara en aquel recinto tan silencioso.—Entré á mi vez para llamar al mio, cuando me encontré frente á frente de Mr. de Valmont sentado bajo un avellano que se destacaba junto al muro; me reconoció, se dibujó una sonrisa en sus labios, é invitóme á entrar en su casa, con una confianza estraña en su carácter; pero inspirada sin

duda, por el candor de mi fisonomía y mi corta edad.

Las dos compañeras de su soledad que se ocupaban en arreglar la casa ordinariamente, y que se entretenían en aquel momento en pelar lechugas en la galería, se escaparon, digámoslo así, como si un profano hubiese turbado el misterio de aquella mansion. — Cerraron estrepitosamente una de las dos puertas de la casa que se abría sobre el peristilo, las cabras espantadas se fueron tras de ellas, y quedéme solo con Mr. de Valmont.

XXIV.

Dicho señor contaba unos sesenta años; y al par que un semblante hermoso, tenía una mirada inquieta, fiera y oblicua, como si observase de reojo continuamente la intencion y el pensamiento de sus interlocutores, para sorprender en ellos si espiaban sus movimientos. Tan solo con mi tío cuyo carácter franco, leal y despejado se lo habían hecho apreciar, era con quien se encontraba en perfecta seguridad. — Hablaba de política, de literatura, de anécdotas secretas y de las leyes del Norte y del Mediodía, con una sagacidad admirable, para un solitario que parecía estar sumergido largo tiempo en una casucha de nuestras montañas.

Ese conocimiento, tan profundo como universal, en ciencias, en letras y en la diplomacia de los hombres, tan solo se explicaba por conjeturas; porque su existencia era un misterio. — Se murmuraba en voz baja que había sido empleado en la diplomacia secreta de Luis XV en el norte de Europa; que había vivido largo tiempo en Berlin y en San Petersburgo, gozando de la amistad confidencial de Catalina II y del gran Federico; que había estado relacionado con los políticos, los filósofos y los escritores públicos de aquellas capitales, en donde había adquirido esa universalidad de conocimientos: flor de elocucion y de esquisita elegancia que demostraba cuando volvía a la sociedad. — Pero ha muerto sin que la confianza que tenía con mi tío, ni la amistad que este le profesaba, le hayan hecho revelar su secreto; y reposa en el misterio lo mismo que cuando vivía.

XXV.

«¡Y bien, hijo mio, me dijo, sois el primero que pasáis al través del misterio de esta cerca, sobre el cual tanto se murmura en la aldea! Un hombre hastiado de sus semejantes, dos amigas que se hallan en el mismo caso, disgustadas de la existencia; un perro, una cabra, un árbol y un libro, encierran todo el enigma. — ¡Quiera el cielo que nunca lo lleguéis a conocer por vos mismo!»

Balucéé timidamente algunas vagas palabras para escusar el aturdimiento de mi perro y mi indiscrecion involuntaria; y ya iba a retirarme, cuando un lebril cansado de la soledad, se puso a jugar con el mio entre las malvas, prolongando accidentalmente mi presencia en aquel sitio.

«No, no, me dijo entonces el anciano con una graciosa sonrisa que no le era habitual; no temais el quedaros algunos minutos mas en esta cerca sospecha. — No ha sido para los niños de corta edad, que se ha levantado a la altura que tiene, ni esas ventanas y esas puertas cerradas que vedan las miradas de los indiscretos; eso se ha hecho para los hombres curiosos, calumniadores y malvados; que os persiguen cuando habitais entre ellos, y os aborrecen cuando os retirais de su sociedad. — Subid conmigo, hijo mio, continuó tomándome de la mano; venid y veréis la riqueza y el reducido espacio que necesita un sabio para ser feliz.»

XXVI.

Y entre tanto subíamos por la escalera que conducía a la galería de donde se habían escapado las dos hermanas a mi presencia: una de ellas entreabrió casi furtivamente la puerta que se había cerrado tras de ellas, al sentir el ruido de nuestras pisadas; y la cerró de nuevo con la pre-

cipitacion de una oriental, al aspecto de un hombre que entra inadvertidamente en el jardin del harem. — Apenas tuve el tiempo necesario de distinguir su fisonomía: era una cabeza de Greuze algo descolorida y descarnada por el tiempo en un cuadro de familia de nuestro compatriota, que es el Rafael de la ancianidad.

Sus cabellos castaños entremezclados con algunas hebras de plata, y sujetos sobre su frente con una cinta negra; los ojos dulces como el pesar resignado que adivina la felicidad; sus mejillas algo achatadas por el dedo del tiempo, una boca fina y entreabierta por la melancolia, y el óvalo de su cara casi redondo y algo carnoso en su parte inferior, como el de esas mujeres, cuyos músculos de la barba se aflojan lentamente bajo el peso de los días, formaban un semblante de ingenua bondad y de curiosidad temerosa, que me recordaba la sumision voluntaria de la esclava, en la tienda del patriarca árabe en los desiertos de Siria.

Aquel semblante pálido, triste y dulce, como una aparicion iluminada por el ténue resplandor del astro nocturno, se imprimió, por decirlo así, en mi memoria. — No volví a ver mas aquella mujer que era la mas jóven de las dos hermanas, hasta el día en que llevaron su blanco ataúd desde la iglesia al cementerio, sin mas cortejo que una cabra blanca que balaba alrededor de los conductores, y que saltaba con su cabrito sobre el promontorio de tierra fresca que habían sacado de la fosa; y ninguna de sus vecinas pudo proferir ni una murmuracion, ni un elogio sobre aquella misteriosa difunta.

XXVII.

Cuando llegamos a la galería, Mr. de Valmont, en vez de abrir una de las puertas de la casa, subió ante mi por una escalera de madera que se apoyaba en la pared: dicha escalera conducía a una especie de granero formado por un pequeño pabellon, algo mas elevado que el resto del techo. — La ventana, sumamente baja y las hojas de ella llenas de agujeros cuadrados que daban luz a aquella estancia, demostraban que su primer destino era el de palomar. — Dichas aves podían entrar y salir por las troneras que había bajo la ventana cómodamente; y aquel palomar fué la habitacion que escogió Mr. de Valmont, como el santuario mas retirado e inaccesible de la casa. — Quedéme estupefacto de sorpresa en el peristilo de su entrada, no sabiendo donde colocar el pié para seguir a mi guía.

XXVIII.

Aquella habitacion asemejábase en su desorden y en el caos que contenía, al hundimiento de una biblioteca que hubiera cedido al peso de los volúmenes; se podía decir que una avalancha de libros esparcidos, abiertos los unos, y otros cerrados, llenos de polvo, de paja, de pelos de cabra y plumas de golondrinas, habían cubierto el suelo casi hasta la rodilla. — Un pequeño y tortuoso sendero, trazado evidentemente por los piés del solitario al través de los volúmenes, conducía al fondo de la habitacion hácia el lado que iluminaba la enrejada ventana de los pichones; y en aquel sitio había un colchon cubierto con mantas mal estendidas, sobre una especie de cama formada con libros, donde reposaba Mr. de Valmont. — Volúmenes amontonados en forma de almohada le servían de cabecera, y otros libros marcaban el sitio de los piés formando una hendidura para colocarlos.

Cuando se despertaba y estendía su mano a derecha ó a izquierda, no podía tropezar mas que en volúmenes. — Era, en fin, el hombre intelectual acostado sobre sus libros, ó un lecho de pensamientos humanos, bajo el pesado cuerpo del animal.

XXIX.

Cerca de la ventana había una mesa de madera carcomida y un ancho sillón de nogal que debían ser evidentemente el asiento y la mesa donde trabajaba el filósofo.

«¡Hé aquí, me dijo el secreto de mi soledad y

mi ventura! He conocido el mundo, lo he juzgado y he huido de él; pero como el hombre es un ente instintivamente social, he encontrado en esta casa y en la amistad de esas dos hermanas tan salvajes como yo, una sociedad para mi corazón; y en esos libros que he recogido en mis viajes, y que están mezclados y confundidos a mis piés, una sociedad para mi espíritu.

«Estas dos me bastan, y ni siento ni deseo las otras. — No he querido ni arreglar ni clasificar esos volúmenes, porque el corto espacio de vida que me queda, no merece ese trabajo. — Vivo entre ellos, como cuando se atraviesa una multitud sin fijarse en nadie. — Prefiero fiarme de la casualidad en vez de escoger; revuelvo ese lecho de volúmenes, tiendo la mano sobre el primero que se me presenta, mi espíritu conversa con el del libro; y cuando he concluido, tomo otro. — ¿Qué seres valdrían para mi esos muertos resucitados, en los mejores de sus pensamientos que han dejado en este mundo? Soy el sepulturero de las ideas humanas; exhumo una para reemplazarla inmediatamente con otra, y de este modo encuentro mas vida en el seno de la tierra que en su superficie.»

XXX.

Siguió hablándome de aquella sociedad muerta y haciéndome apreciar su inestimable superioridad sobre la de los vivos, hasta el momento en que los rayos del sol poniente se retiraban uno a uno por las aberturas de la ventana, dejando aquel cementerio intelectual en una oscuridad silenciosa: ni repetiré su largo y elocuente discurso tan presente en mi memoria, como el timbre algo cavernoso de su voz en mis oídos. — Luego, conduciéndome a la galería, y desde allí al jardin, me dijo: «¡Id, hijo mio, y si os interrogan sobre el misterio de esta mansion; decidles lo que habeis visto!»

Esta escena hizo en mi temprana imaginacion un efecto mágico. — Desde aquel momento comprendí toda la vida que debía existir en aquella muerte aparente de libros, que yacían entre el muerto, y la sublime conversacion que debía contener aquel silencio. — Necesariamente debía ser así, cuando un solitario que había atravesado la multitud y bullicio del mundo, se encontraba mas feliz en la sociedad de los difuntos que en la de los vivos.

La literatura en su mas vasta acepcion, se presentó a mis ojos; y trataría de representármela bajo el mismo aspecto, si los límites de estas pláticas literarias me permitieran reproducir el sublime discurso de Mr. de Valmont. — Bástenos saber que la impresion literaria germinó en mi desde entonces.

XXXI.

Dicha impresion fué acreciéndose con los estudios de mi adolescencia y en el hastio de mi ociosa juventud, en la cual me alimentaba con la lectura, por la necesidad que sentía de esprimir mis primeras pasiones en la soledad; esas pasiones que, despues de habernos hablado con lágrimas y con ardor, se amortiguan al querer transcribirlas en verso ó en prosa; esos primeros amores en fin de la mente y el corazón, que se revisten uno a uno con el lenguaje de la poesia. — ¡Poesía! canto que se desprende del alma, porque nos parece demasiado hermoso y divino para dejarlo sumido en el silencio, ó para esprimirlo en el lenguaje usual; literatura instintiva que no se aprende, cuyos acentos son suspiros, y que armoniza los latidos de dos corazones, para hacerlos palpar al compás de sus acordes.

Fué la época en que despues de haber escrito varios volúmenes de poesías amorosas, y haberlos arrojado a las llamas, como para purificar sus páginas, escribí esas poesías contemplativas que fueron acogidas mas bien como presentimientos que como promesas de un poeta. — Todo era literatura a mis ojos; hasta mi propia vida se deslizaba con sus impresiones, sus piedades, sus alegrías, sus afecciones y sus dolores en mis

versos. — La existencia era para mí un poema; el universo gemía ó me cantaba en diversas notas un himno, y vivía con los libros.

XXXII.

Los años han transformado las notas, pero no así el instrumento. — Las revoluciones de 1814 y 1815, á las cuales he asistido; la guerra, la política y la diplomacia, á las cuales me consagré, se me aparecieron como se me habían aparecido las pasiones de mi adolescencia; es decir, bajo un punto de vista literario. — Hubiera querido que la vida pública uniese á todo el talento de las letras; porque nada me parecía hermoso en los campos de batalla, en las vicisitudes de los imperios, en los congresos y en las discusiones tribunicias, sino lo que podía ser dicho ó expresado con magnificencia por el genio de los literatos.

La historia misma me parecía mezquina y trivial, cuando no contaba los acontecimientos humanos con el acento sublime de la filosofía, la tragedia ó la religión. — La historia, según mi opinión, no es más que la poesía de los hechos, ó el poema épico de la verdad.

Y lo mismo la elocuencia. — El decir una cosa no basta, es necesario decirlo bien, porque el talento es una parte de verdad. — Y lo repito, los asuntos humanos, aun los más comunes en la apariencia, tienen un aspecto intelectual y oratorio hácia el cual deben inclinarse siempre los espíritus más positivos, para dar á conocer su obra; pues lo que literariamente no pueda decirse bien, no merece el hacerse.

Esa es la literatura de los acontecimientos, tan real y necesaria á la grandeza de las naciones como la de la palabra. — Leed los anales de los pueblos, y os convenceréis al primer golpe de vista, que, mientras no han sido literarios, no han existido, y que su memoria nace con su literatura, así como concluye con ella: porque desde que un pueblo no sabe ni cantar, ni hablar, ni escribir, no existe.

XXXIII.

La tribuna política, en la cual he subido durante quince años, redobló en mí el sentimiento literario; estudié noche y día durante aquellos quince años, los modelos muertos ó vivos de la palabra, para ser digno de hablar entre ellos. — Entonces fué cuando estudié profundamente los mejores literatos de la antigüedad, á fin de narrar los grandes acontecimientos de mi país.

(Se continuará.)

LA APERTURA DEL ISTMO DE PANAMÁ.

No es solo el gran proyecto de Mr. Lesseps sobre la supresión del istmo de Suez, el que hoy llama la atención del mundo civilizado, y agita las sociedades todas mercantiles, los pueblos industriosos y los gobiernos de los países cultos. Otro proyecto, á nuestro modo de ver, aun de más grandes resultados, se agita hoy en los círculos políticos y comerciales, cual es la apertura del istmo de Panamá, concebido por imaginaciones tan atrevidas como previsoras. Esta empresa de que nos hablan ya todos los periódicos nacionales y extranjeros, es dirigida por Mr. Félix Belly, y no deja de ser muy útil para la España, como conocerán nuestros lectores solo con insinuarles que coloca nuestros puertos del Océano á algunos días de nuestras antiguas posesiones del Pacífico y de los mares del Sur, abreviando en unas 2,000 leguas la travesía de Cádiz á las Filipinas.

Trátase, en efecto, de abrir el istmo de Panamá canalizando el río San Juan, el lago de Nicaragua y el canal de unión entre este lago y el Pacífico en la bahía de Salinas. Este proyecto halla su base en el tratado concluido el 1.º de mayo de 1858 entre los presidentes de los Estados de Nicaragua y Costa-Rica y Mr. Belly. Puede decirse que esta es su base industrial, que da al proyecto inmensa seguridad é importancia. Ahora bien; el

proyecto cuenta con otra base política no menos segura y de resultados inmensos. Esta base política es el tratado Clayton-Bulwer, firmado en 1850, por el cual los Estados-Unidos y la Inglaterra se han comprometido recíprocamente á garantizar la neutralidad de los Estados de la América Central, ideando la construcción de un canal de grande navegación entre los dos Océanos, y á proteger á la compañía que se formase para realizar semejante empresa con la concesión hecha por los Estados ribereños. La iniciativa de este tratado ha sido tomada por los gobiernos de la Inglaterra y de los Estados-Unidos, y está destinado á ser firmado por todos los gobiernos, á fin de que la neutralidad que debe aprovechar á todos, se halle bajo la protección de todas las potencias. Hé aquí por qué la empresa de Mr. Félix Belly, viene á realizar el proyecto de unión inter-oceánica, cuyas bases habían planteado los gabinetes de Londres y de Washington.

Los gastos del canal de Nicaragua, según la obra que sobre este proyecto acaba de publicar el mencionado Mr. Belly, titulada *Perceement de l'isthme de Panamá*, se hallan calculados en ciento veinte millones: ochenta millones menos que para el canal de Suez. Según algunos cálculos que no parecen exagerados (pues tienen por base la navegación actual, y la navegación aumentará necesariamente por la rapidez de las comunicaciones), los productos anuales serán nada menos que de cincuenta millones; es decir, más de 40 por 100 del capital.

Una consideración debe además agregarse para fijar la importancia material de la empresa, y es que con el privilegio de la explotación del canal, la compañía establecida al efecto adquiere la concesión de los terrenos que cercan sus orillas á distancia de una legua por ambos lados, y estos terrenos, que atravesará el canal, son de una admirable y productiva fertilidad.

JANER.

SECCION CIENTIFICA.

LECTURAS CIENTIFICO-INDUSTRIALES.

Reseña de los accidentes aereostáticos. — Pilatre de Rozier; descripción de su aereo-montgolfiera; opinión general sobre este aparato; empeño decidido de Pilatre en efectuar su ascension; resultado que en ella obtuvo. — Muerte de la aereonauta Blanchard; causas que la originaron. — Ascensiones desgraciadas de Mr. Harris, de Bittorf, de Mr. Sadler, de Olivari, de Mr. Mosment, de Zambecari, Cocking y otros.

Hemos espuesto concisamente en artículos anteriores (véanse los números 4 y 5 de este SEMANARIO) la historia del descubrimiento de los globos aereostáticos, de los principios físicos que le sirvieron de base, y de las operaciones que se refieren á su ascension, describiendo á la par, los aparatos accesorios inventados para facilitar el descenso de los aereonautas. Hoy, como complemento de dichos artículos, juzgamos interesante la esposición de los principales accidentes que han surgido en la historia aereostática, la cual, como sucede en todas las que se contraen á las invenciones humanas, registra deplorables catástrofes, hijas casi siempre de la temeridad y de la ignorancia, y no originadas por los medios que la ciencia ó la industria prestan al hombre para dominar la materia.

Pilatre de Rozier, que fué, como saben nuestros lectores, el primero, que, confiándose á un globo, ascendió al espacio con una audacia digna de admiración, es desgraciadamente la primera víctima que registran los anales aereostáticos; triste suerte que reservó la ignorancia al hombre audaz, que á pesar de la incredulidad de sus contemporáneos, llevó á cabo con éxito lisonjero la primera escursión atmosférica. El aereonauta de quien nos ocupamos, sin cuidarse de los consejos del físico Charles y de otros sabios, que enterados de su proyecto trataron en vano de probarle lo equivocado de su concepción y lo peligroso de su ensayo, quiso realizar una idea emitida por Cavallo, para lograr el ascenso y descenso de los globos, sin tener presente que pueden asentarse

hipótesis en las cátedras que después la práctica no sanciona, y que la circunspección y el más detenido examen deben ser atributos inseparables de los que pretendan perfeccionar instrumentos ó aparatos de invención reciente.

Cavallo había manifestado, que podía lograrse el ascenso y descenso de los globos, uniendo á uno de estos lleno de hidrógeno, ó sea de gas inflamable, una *montgolfiera* henchida de aire dilatado, separados ambos globos por medios rígidos que mantuviesen invariable su distancia, constituyendo de esta suerte un conjunto aereostático, cuyo ascenso ó descenso podía obtenerse, aumentando ó disminuyendo el fuego que dilatase el aire encerrado en el globo inferior, en el que debía existir una plataforma á fin de que el aereonauta diese mayor ó menor incremento al hogar que procuraba aquel resultado. Tal es en resumen la idea emitida por Cavallo, y que fué el origen del proyecto que con una temeridad incomprensible se propuso realizar el desgraciado Pilatre, sin comprender como le manifestaban los sabios, á los cuales nos hemos referido, que su ascension aérea sería tan peligrosa y temeraria como el viajar por la atmósfera en un *barril de pólvora*, del cual se prendiese una mecha encendida. Todo fué inútil: Pilatre después de recibir un donativo del gobierno francés de 150,000 francos, renunció su cátedra y se fué á Boulogne, en cuyo punto inauguró la construcción de un aparato que denominó *aereo-montgolfiera*, con el que pretendía cruzar el canal que separa la Francia de Inglaterra, y que en la época á la cual nos referimos, no habían pasado aun, Blanchard y Jeffries.

La figura 1.ª, véase la pág. 112, representa el aparato construido por Pilatre: en ella vemos un globo inmenso lleno de gas hidrógeno, sirviendo de corona á un cilindro que reemplaza al segundo globo propuesto por Cavallo, y que es el receptáculo que contiene el aire dilatado; según la opinión del aereonauta, aumentando ó disminuyendo la tensión del aire encerrado en dicho cilindro, debía conseguir, á medida de su deseo, que variase de peso el vehiculo, con el cual iba á efectuar la ascension, pudiendo por este medio utilizar las corrientes atmosféricas favorables á su viaje, y ascender ó bajar sin pérdida de gas. Pilatre por sus propios estudios, por los conocimientos que eran generales en su época, y por el consejo de los sabios que trataron de disuadirle de su temeraria empresa, no podía desconocer la naturaleza inflamable del hidrógeno, y el peligro inminente y la catástrofe segura á que se esponía surcando los aires, según la gráfica expresión de sus amigos, con un *barril de pólvora y una mecha encendida*, pero sordo á todas las observaciones, insensible á todos los ruegos, no cejó en la construcción de su aparato, y ni los multiplicados inconvenientes que retardaban su ascension, ni el ver la gloria que él ambicionaba de ser el primero en cruzar el canal de la Mancha, patrimonio ya de Blanchard y Geffries, que lo pasaron durante la construcción de sus globos, hicieron mella en su intento, ni doblegaron su actividad. Ante un ejemplo de perseverancia tan notable, nosotros creemos, como indican varios autores, que concurrieron á este fin causas, que no por ser privadas, dejan de ejercer poderosa influencia en ciertas organizaciones.

El día 14 de junio de 1783, después de haber pasado la noche anterior llenando la máquina, cuya válvula tuvo que reemplazarse por ser defectuosa, Pilatre, en compañía de *Romain*, profesor de física, entró en la galería circular de aquella, y los dos aereonautas, ajenos á la horrible catástrofe de que iban á ser víctimas, ascendieron en el espacio, saludados por salvos de artillería y admirados por los espectadores, cuyo solemne silencio demostraba de una manera elocuente la inquietud que sentían. Pocos minutos trascurrieron en tal actitud: gritos de horror lanzados por la muchedumbre fueron la expresión de su sentimiento, al notar que, con la rapidez del relámpago, prendióse fuego al aparato, determinando este suceso la caída de los dos aereonautas, con una violencia espantosa, originada por una altura de seiscientos metros. Al llegar al

sitio en que cayeron los infelices viajeros, los ginetes que seguían la marcha de la máquina aereo-montgolfiera, fueron testigos de un espectáculo horroroso: Pilatre de Rozier, ya cadáver, yacía entre los restos de su aparato; y Romain, su infortunado compañero, mas desgraciado que él, vivió algunos minutos, exhalando sus últimos suspiros, víctima de horribles dolores; así concluyó sus días quien por temeridad ó por ignorancia, tuvo en mas su capricho que el consejo de los sabios y que las prescripciones de la prudencia. La causa que originó este acontecimiento, ya previsto, fué, segun los escritos de aquella época, el hogar del aparato que inflamó el hidrógeno al salir este gas por la válvula del globo superior; abierta por los aereonautas para mantenerse a cierta altura; digamos, sin embargo, que un químico de Boulogne, llamado Durrer, pretende que la inflamación del gas reconoció por origen la electricidad atmosférica.

La figura 2.^a, véase la pág. 112, representa la triste escena que acabamos de describir, y que vino á probar nuevamente que todos los descubrimientos, por grande que sea su utilidad, no llegan á perfeccionarse sin ser causa de acontecimientos deplorables, que no deben imputarse á el descubrimiento en sí, sino muchas veces, como ya hemos repetido y como lo atestigua la temeraria empresa de Pilatre, á equivocadas combinaciones y á olvidos lamentables, hijos de la ignorancia, ó bien á la existencia de circunstancias desconocidas imposibles de preveer. El trágico fin que cupo á la célebre aereonauta *Blanchard*, y que en tan alto grado conmovió á Paris, es un nuevo y triste ejemplo que esplica el desastre de Pilatre, que no debiera haber puesto en olvido aquella atrevida mujer. Para dar mayor atractivo á sus ascensiones, dejaba la aereonauta pendiente de su barquilla una corona de fuegos artificiales, á la que prendía fuego por medio de una larga mecha, al encontrarse á cierta altura: la infeliz ponía en olvido que su escéntrica combinación un día ú otro le procuraría un fatal resultado, puesto que jugaba con dos elementos, el hidrógeno y el fuego, que habian de originar la inflamación del globo, causa inmediata de su caída y muerte: así aconteció el 16 de julio de 1819. Despues de haberse quemado los fuegos artificiales, un nuevo resplandor anunció el incendio del globo, al que siguió la muerte de la infeliz aereonauta.

Mr. *Harris*, oficial de la marina inglesa, despues de haber efectuado varias ascensiones con Mr. *Graham*, célebre aereonauta inglés, construyó un globo al cual aplicó varios perfeccionamientos que debian mostrarle de una manera fatal su viciosa combinacion. En mayo de 1824, llevó á cabo en Londres, en compañía de una señora, una ascension, que coronada de un éxito brillante al principio, tuvo un fin desastroso: desde la notabilísima altura á que se habia elevado, abrió el aereonauta la válvula para efectuar su descenso; pero despues, por mas que intentó cerrarla, bien sea por la desproporcion de su superficie con la cantidad de gas que contenia el globo, ó bien á causa de su viciosa construccion, no pudo lograr por completo su deseo; y la pérdida de gas fué tan considerable y súbita, que el globo cayó con una rapidez espantosa, originando la muerte de Mr. *Harris*, y numerosas heridas á su atrevida compañera.

Bittorf efectuó en Alemania un gran número de ascensiones con éxito feliz, por medio de montgolfieras; pero en Manheim, el 17 de julio de 1812, al ascender en una de ellas, construida de papel, cuyo diámetro era de 48 piés, y su altura de 60, tuvo la desgracia de que se le inflamase, pereciendo de una manera horrorosa.

El inglés Mr. *Sadler*, cuyas numerosas ascensiones forman época en la historia aereostática, despues de haber cruzado con completo éxito en una de aquellas el canal de Irlanda, entre Dublin y Holyhead, en cuyos puntos mide su anchura de 36 á 40 leguas, murió desastrosamente cerca de Boston en Inglaterra, el 29 de setiembre de 1824. Falto de lastre, por permanecer durante muchas horas en la atmósfera y precisado á efectuar su descenso entre elevados edificios, el choque

de la barquilla contra una chimenea produjo su caída mortal, sin que los conocimientos y la práctica consumada de este célebre aereonauta, le libertasen de un fin tan desgraciado, hijo de circunstancias deplorables, y de difícil prevision.

Olivari fué víctima en Orleans el dia 25 de noviembre de 1802, á causa de una imprudencia fácil de preveer: al elevarse en el dia citado con una montgolfiera, tuvo la fatal ocurrencia de depositar como lastre en la barquilla, las materias combustibles que debian alimentar el hogar que ardia en la parte superior de aquella; el fuego se comunicó á dichas materias, y estas y la barquilla fueron pasto de las llamas, cayendo el aereonauta desde una gran altura.

La muerte de Mr. *Mosment*, acaecida en Lille, el dia 7 de abril de 1806, por haber caido á efecto de las sacudidas que experimentó el globo en que ascendia, fué, segun varios autores, dependiente de la voluntad del aereonauta, quien manifestó la determinacion de suicidarse antes de principiar su ascenso.

El conde de *Zambeccari* es otro de los aereonautas que fueron victimas de una temeridad indisculpable, sin que recabase provechosa enseñanza de los desgraciados resultados que alcanzó en algunas de las ascensiones que precedieron á su trágico fin: despues de caer en una de sus escursiones en el Adriático y de haberse casi helado en la siguiente, á causa del frio glacial que reina en las regiones superiores de la atmósfera, á las que ascendió contra su deseo, por haber olvidado las prevenciones necesarias para determinar el descenso de la montgolfiera, encontró la muerte en el poético cielo de Italia, á causa de nuevas imprudencias que originaron la inflamación del globo en que se encontraba.

Hemos espuesto los principales desastres que registran los anales aereostáticos, y su descripcion patentiza que todos ellos, con raras excepciones, reconocen por causa la temeridad ó la ignorancia de sus victimas: á los ejemplos citados podemos unir el de *Cocking*, que murió en Londres el 27 de julio de 1837, al efectuar el ensayo de un nuevo paracaídas que habia inventado, y con el que abandonó su globo desde una altura de mas de mil metros. Finalmente, *Green*, *Arbun* y *Gale*, han encontrado la muerte en sus escursiones aereostáticas, si bien hasta hoy se desconocen detalladamente las causas que originaron estos siniestros.

Si comparásemos el número de los accidentes aereostáticos, con el de los aereonautas que surcan la atmósfera, no tardariamos en reconocer que la proporción que existe no llega á ser importante, y que á pesar de los peligros inherentes al parecer, á las ascensiones aereostáticas, no causan estas gran número de victimas, particularmente si se aceptan las prescripciones de las ciencias y los consejos de la prudencia.

J. CANALEJAS Y CASAS.

CRÓNICA ESTRANJERA.

Si en las revistas anteriores nos han ocupado con especialidad los asuntos de la Italia, de la Sérvia y de la India, hoy vamos á examinar en general lo mas notable que nos han comunicado recientemente los periódicos, las correspondencias particulares y los despachos telegraficos de los diversos puntos del globo.

Segun el *Journal des Débats*, el Gobierno belga ha instituido recientemente tres direcciones generales en el ministerio del Interior, á saber: la de instruccion pública, la de bellas artes, letras y ciencias, y la de industria y agricultura, que antes eran meras secciones del mismo ministerio.

El *Moniteur*, periódico oficial del vecino imperio, confirmó al fin la noticia del nombramiento del nuevo hospodar de Moldavia, Alejandro Conza, que fué elegido en la Asamblea moldava presidida por el metropolitano y en presencia del cuerpo consular.

La *Patrie*, en uno de sus últimos números, nos

asegura que los gobiernos de los Estados ribereños del Danubio, en Alemania, se han conformado hace poco en un artículo adicional destinado á ser añadido á la convencion relativa al paso del mismo rio. Ignoramos todavia si la Turquía aceptará el artículo en cuestion; pero podemos anunciar á nuestros lectores, que se sabe de un modo positivo se hacen en este momento las gestiones necesarias.

El periódico francés anteriormente citado, nos ha comunicado una noticia que, á ser cierta, prueba cómo aprovecha el partido alemán cuantas circunstancias se le ofrecen para aumentar los estorbos á Dinamarca. Héla aqui:—Los diputados de los Estados de Schleswig han dirigido al rey de Dinamarca individualmente peticiones, todas idénticas, reclamando la abolicion de la Constitucion comun de Schleswig, la discusion por los Estados de los primeros artículos de la Constitucion especial, é inmediata convocacion de la Dieta schleswista. Es sabido que en aquel país están prohibidas las representaciones y peticiones generales ó de varios individuos de mancomun.

El periódico de Viena titulado *Ost-Deutsche-Post* ha desmentido terminantemente el rumor que habia circulado relativo á un tratado de alianza ofensiva y defensiva que estaban á punto de concluir Austria y Prusia. Acerca de esta alianza, afirma el mencionado periódico, que debemos suponer bien enterado, que nada se ha adoptado sobre ella interina ni definitivamente. Añade que semejante alianza no solo seria prematura, sino hasta impolitica en las actuales circunstancias.

Lo que sí se confirma, segun dice la *Gaceta de Colonia*, es que el duque de Módena ha consentido en que las guarniciones sean reforzadas por tropas austriacas, en el caso de que ocurriese una insurreccion. Sin embargo, no es exacto que se trate de internar en Austria las tropas modenenses, ni que se haya concluido arreglos parecidos con los ducados de Parma y Toscana.

La Cámara de los diputados prusianos se halla examinando los presupuestos que presentó el Gobierno no hace muchos dias. Los ingresos y los gastos ascienden á 131.670,000 thalers. No hay déficit alguno. Los gastos se dividen, en ordinarios, 123.542,000 thalers, y extraordinarios, 8.218,000. Segun parece, el aumento en la lista civil será de millon y medio de thalers.

El principe Napoleon durante su estancia en Turin, en donde ha sido muy obsequiado, revisó unos 800 veteranos, restos de los ejércitos de Napoleon I.

El *Independente*, que dió la anterior noticia, añadia que despues de dirigirles el principe un entusiasta discurso, prorumpieron en repetidos vivas al rey del Piamonte y al emperador de Francia.

Nos escriben de San Petersburgo haber sido nombrado individuo de la Academia de Ciencias el principe Luis Luciano Bonaparte. La misma corporacion ha dispensado igual honor al baron de Brunou, representante de Rusia en Londres, y á otros eminentes personajes.

El *Giornale del regno delle due Sicilie* ha publicado decretos del rey Fernando, indultando cierta clase de penados. El mismo monarca espresa hacerlo por haberse dignado la Divina Providencia conceder su celeste bendicion sobre su real familia, disponiendo que su muy amado hijo, Francisco María, duque de Calabria, principe heredero, se una en matrimonio con su alteza real, la princesa María Sofia Amalia, duquesa de Baviera.

Las correspondencias del Cairo han elogiado el establecimiento del ferro-carril desde aquella ciudad á Suez. La línea férrea de Alejandria á Suez mide 222 millas inglesas. Como el Egipto cuenta ya hoy varias vías férreas, forman un total de 281 millas, que han sido construidas en poco mas de cuatro años. Como subsidiarios del vapor, dice una de las mencionadas correspondencias, se han establecido contemporáneamente los telegrafos eléctricos, contando el Egipto seis líneas, que miden 360 millas, los cuales ponen en comunicacion la capital con las principales

ciudades del vireinato. Esto puede dar una ligera idea de los adelantos y mejoras que se han llevado á efecto en pocos años en Egipto, y de las ventajas que de ellos emanar pueden al comercio interno y estérno, á la poblacion y á su Gobierno.

JANER.

CRÓNICA ESPAÑOLA.

El primer mes de este año ha visto nacer el proyecto de ley de imprenta, una de las mejoras anunciadas en el discurso del trono al abrirse las Cortes. Este proyecto, ya aprobado en el seno de la comision, pone la prensa bajo la jurisdiccion del jurado, y suprime para los periodistas la obligacion de firmar sus artículos. Son inatacables la Religion, la Monarquía y la Constitucion. Las injurias personales incumben á los tribunales ordinarios. Es de suponer que este proyecto no tardará mucho en ser ley vigente.

En estas últimas sesiones se ha ocupado el Congreso de la ley de censo, de la cual hablaremos en nuestra próxima crónica. El resultado no es conocido todavía, pues continúan aun los debates.

Un decreto autorizando al gobierno de S. M. para cobrar las contribuciones del año 1859, y una proposicion firmada por el Señor Conde de San Luis con el objeto de hacer una averiguacion sobre los acontecimientos del año 1854, son las dos cosas mas importantes que nos ofrecen las sesiones de las Cortes, y sobre todo las del Congreso, donde siguen aun discutiéndose las actas de algunos diputados.

Dejando á un lado la política, vamos á ocuparnos de una empresa que llama mucho la atencion, tanto en Madrid, como en las provincias de España y en el extranjero: esto es, la empresa del ferro-carril del Norte que ha de hacer mas rápidas y fáciles las relaciones entre la península y el vecino imperio. Por esta parte ya van adelantando considerablemente los trabajos del trozo desde Madrid á Guadalajara, y pronto veremos en esta corte numerosos extranjeros que vendrán á visitar nuestra patria tan desconocida hasta ahora por falta de medios de comunicacion.

El comercio ganará desde luego en este cambio de locomocion, y añadiremos, en prueba de ello, que en los caminos de hierro de Barcelona, el total de los beneficios de la empresa ha aumentado en el año 1858, 25,000 rs. vn. sobre los del año anterior.

Y ya que hablo de Barcelona, consignése aquí el decreto que autoriza el ensanche de esta ciudad, y los estudios que se están haciendo para el engrandecimiento de su puerto. Así, pues, los Campos Eliseos quedarán dentro de la ciudad, que se estenderá desde el mar hasta el lindísimo pueblo de Gracia inclusive, de tal modo que Barcelona tendrá dentro de sus murallas un magnífico paseo (la Rambla y los Campos Eliseos con sus hermosos jardines), que envidiarán muchas capitales de las mas principales.

En nuestras próximas crónicas nos ocuparemos con mas detencion de los sucesos importantes ocurridos en las provincias, pues nuestra crónica ha de ser, no tan solo cronica de Madrid, sino tambien de las provincias españolas, hablando de cuanto suceda de mas notable en nuestro hermoso país. Por ahora, volvamos á Madrid, donde nos llaman varios acontecimientos importantes. Encontramos, en primer lugar, la distribucion de premios á los alumnos del Conservatorio Real de música y declamacion, de la cual se ocupará sin duda con mas estension nuestro colega en su revista musical. A este acto dió un caracter mas solemne la augusta presencia de S. M. la reina, siempre tan dispuesta á contribuir al desarrollo y progreso de las bellas artes en nuestra patria. Algunos dias antes tuvo lugar tambien la distribucion de medallas á los pintores y escultores premiados en la esposicion de pintura, y la inauguracion de la Real Academia de medicina.

Así es que bajo la proteccion del gobierno de S. M., las ciencias y artes van adelantando al mismo tiempo que la industria y el comercio, y dentro de poco no tendremos nada que envidiar sobre este punto á las naciones mas civilizadas.

En este concepto, tambien se ha resuelto en el Consejo de Ministros, que en el año 1861 tendria lugar en Madrid una esposicion de todos los productos de España y América.

El domingo 23, por ser los dias de S. A. R. el príncipe de Asturias, hubo besamanos en palacio, y por la noche funcion régia en el teatro Real, en medio de una extraordinaria concurrencia. Llevaba S. M. un traje de gran mérito, con el manto real cubierto de diamantes y la corona, obra maestra de nuestro célebre diamantista Sr. Navarro, y sobre el pecho las cintas de todas las condecoraciones españolas. Tambien estaban en el palco real S. M. el rey vestido de capitán general; S. A. la infanta Isabel, con un sencillo, pero lindísimo traje blanco, y SS. AA. el príncipe de Baviera y la infanta doña Amalia. En el palco inmediato se veian los señores Ministros, y en los demás la mas alta aristocracia de la corte.

Concluirémos hoy, como en nuestra crónica anterior, hablando de la temperatura. Habia dicho cierto astrónomo inglés que en los últimos dias del mes de enero se haria sentir el frio lo mas crudo que se hubiese notado desde hace un siglo; á esta noticia contestó el célebre astrónomo español Sr. Yagüe, mas conocido con el nombre de *El Zaragozano*—por ser esta ciudad donde nació y vive aun en la actualidad—que, muy al contrario de lo que decia su colega extranjero, habia de ser el frio muy moderado y alternando con un tiempo nublado y lluvioso. Ya saben nuestros lectores cual de los dos tenia razon, y nos alegramos con toda nuestra alma de que España haya vencido en esta ocasion á Inglaterra en el terreno de las ciencias.

JUAN DEL CORREO.

REVISTA DE TEATROS.

Muy corto será el espacio que consagraremos hoy á esta seccion de nuestro periódico, y no seguramente por falta de voluntad, sino por la escasez de obras dramáticas que desde nuestra última revista se han estrenado en los teatros de la corte.

En efecto, el coliseo del Circo y el de la calle de Jovellanos han continuado con obras de conocido repertorio, y solo el teatro del Príncipe y el de Novedades han salido á la palestra, poniendo el primero en escena dos piezas nuevas en un acto, tituladas *El último vals de Weber*, y *¿Quién es el autor?* y el segundo, la comedia en tres actos traducida por el señor Olona (D. José), titulada *Avaricia y Despilfarro*, y la pieza en un acto *Se salvó el honor*.

El último vals de Weber es una pieza lindísima, escrita en francés por el célebre Alejandro Dumas, padre, y en la que á cada instante se revela el génio del gran autor dramático. Pertenece á ese género de buena sociedad, y su animado diálogo es una especie de *causerie* llena de chi peante viveza y de *calembourgs* de buena ley. Esta clase de obras requiere como primera condicion de buen éxito una ejecucion esmerada, y actores especiales; de lo contrario, aparecen monótonas, y no logran interesar. Esto precisamente fué lo que sucedió con *El último vals de Weber*, y si añadimos que la concurrencia era tan escasa en la indicada noche, que casi se presentó en familia, tendremos la razon de la frialdad con que fué recibida.

¿Quién es el autor? es una sátira sangrienta contra las suegras. Dialogada con facilidad y escrita con bastante *sprit*, fué acogida favorablemente, y aplaudidas algunas de sus escenas, sobre todo una picante letrilla que tuvo al público en continua hilaridad.

En la ejecucion de ambas piezas se distinguieron la Sra. Palma y el Sr. Ossorio en la primera,

y en la segunda este y la Valentini. En cuanto á la actriz que en la segunda pieza tuvo á su cargo el papel de la protagonista, es decir, de la suegra, suplicamos á la direccion de este teatro que haga por jubilarla cuanto antes, ó que no vuelva al menos á encargarla papeles de característica, puesto que todavia resuenan en nuestros oidos, y aun estamos seguros que en los de la mayor parte de las personas que aquella noche asistieron, los agudos y discordantes gritos que lanzaba dicha actriz. No queremos dejar consignado aquí su nombre, porque esperamos que en adelante modere el diapason, y corrija sus descompuestos modales, cosa que la será fácil si tiene en algo su porvenir artístico, y procura agrandar al público. Los demás actores hicieron cuanto estuvo de su parte por el mejor desempeño de ambas producciones.—La entrada, como mas arriba hemos dicho, fué muy floja.

En el teatro de Novedades se ha puesto en escena últimamente una especie de quiscosa en tres actos, traducida del francés por el Sr. Olona (D. José) con el título de *Avaricia y Despilfarro*, que á haberse estrenado en Noche-Buena, hubiera hecho furor; pero que en tiempos normales nos parece hasta inconveniente su representacion: á lo menos si se hubiese anunciado como *juguete ó disparate* cómico, nada tendríamos que decir; pero ofrecer al público una reunion de escenas sin orden ni concierto, personajes que entran y salen haciendo y diciendo gracias (¡y qué gracias!) capaces de acabar con la paciencia del hombre mas tolerante; eso solo se le ocurre al Sr. Olona (D. José), el cual, segun parece, se ha propuesto dar el golpe de gracia á nuestra ya bastante decaida escena. *Avaricia y despilfarro* es un conjunto monstruoso que nada tiene que ver, no ya con el arte y la literatura, sino con el sentido comun. Es el ataque mas violento que pueda darse al sano juicio y buen criterio, y nos admira mucho que la empresa del teatro de Novedades admita obras como *Avaricia y Despilfarro*, que si á algo conducen, es únicamente á alejar al público en vez de atraerle. En la ejecucion... ¿pero á qué hablar de la ejecucion de una obra que lleva en sí la reprobacion general? Compadecemos á los actores que tan mal rato se dieron, perdiendo lastimosamente un tiempo que hubieran debido aprovechar en obras de mas utilidad é interés. Sin embargo, no dejaremos de hacer mencion de la Sra. Rodriguez, que hizo con mucha gracia y desenvoltura el papel de una traviesa modista; del Sr. Delgado que mostró felices disposiciones para el género cómico, y por último, del estudioso y simpático actor Sr. Albalat, que arrancó estrepitosos aplausos creando un delicioso tipo de lacayo, tipo verdaderamente *sui generis*, que le valió, volvemos á repetir, las simpatias de todo el público.

Ejecutóse despues la comedia en un acto de Alejandro Dumas (padre), titulada *Se salvó el honor*, y traducida por el Sr. Virto. Esta produccion, como todas las del fecundo novelista francés, está admirablemente escrita, é hizo reír mucho por sus innumerables chistes y escenas sumamente cómicas. Por desgracia, su ejecucion no pudo ser peor por parte de la Sra. Scapa y del Sr. Mendez, regular por la de la Señora Moreno y el Sr. Alisedo, y buena por la del Señor Albalat, á pesar de su corto papel.

Y ahora, amigo lector, que te hemos dado cuenta de todas las novedades teatrales habidas durante la semana que acaba de espirar, nos despedimos, con tu permiso, hasta la inmediata.

NUMA.

BIBLIOGRAFÍA ESPAÑOLA.

Juan de Padilla, novela histórica original de don Vicente BARRANTES: ilustrada con láminas tiradas á dos tintas. 2 tomos, 4.º español. Madrid, 1855-56.

Histórica, y tanto como histórica, social y filosófica, merece reputarse la excelente novela del



Fig. 1.ª—Aéreo-Montgolfiera de Pilatre de Rozier.

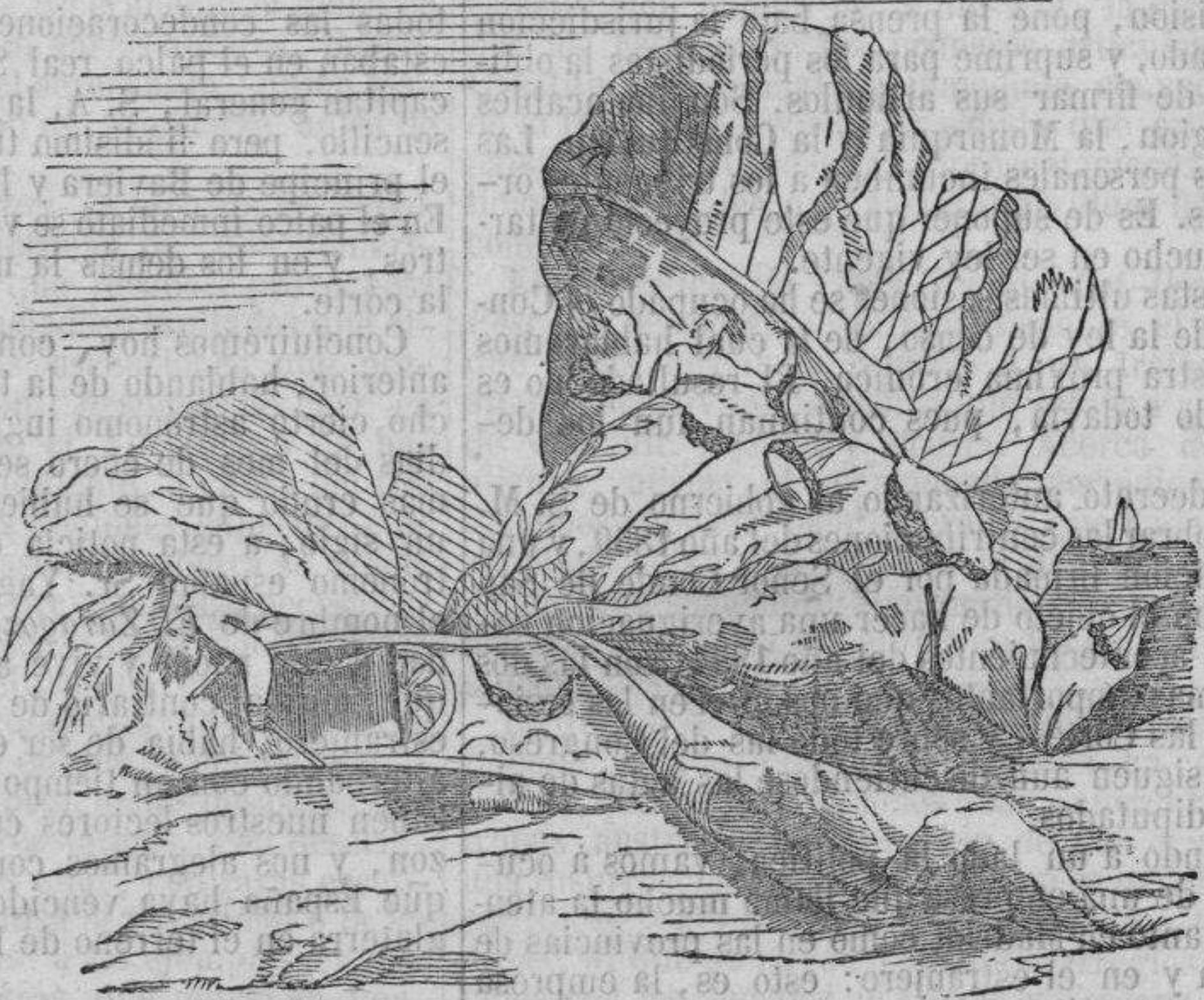


Fig. 2.ª— Muerte de Pilatre de Rozier y de Ramain.

Epígrafe. Con profundos conocimientos de nuestra antigua historia, y mas si cabe de las costumbres del renacimiento, de la España caballeresca y extra-feudal, de nuestros antiguos señores, y de nuestros sañudos y a la par nobles plebeyos, ha sabido el Sr. Barrantes combinar la verdad histórica con el interés de una producción destinada a suscitar esta última entre todas las clases de la sociedad, como sean afectas a la lectura, y en particular a la que toca a nuestros grandes recuerdos nacionales.

La propiedad del lenguaje nos parece inmejorable, especialmente por lo que se acomoda a nuestra antigua sociedad (cuanto lo permiten las conveniencias de un trabajo del género a que pertenece *Juan de Padilla*). Muchas veces se encuentra la verdad muy a lo vivo expuesta en la producción que anunciamos; muchas veces el poeta (pues el novelista debe ser un verdadero poeta), aspira a ocupar mas elevados puestos; muchas veces, por último, nos ha parecido vislumbrar un destino superior al del novelista en el escritor novelista. Por esto mismo, y porque tal trabajo se dirige a todos; casi sentimos que el ilustrado inventor no haya elegido otro terreno mas decidido y directo para la exposición de sus ideas filosóficas, y tambien de sus duras verdades históricas, las cuales hacen la lectura de esta producción recomendable al que ya tenga formado un cierto sentido político y moral.

La Viuda de Padilla, novela histórica original de D. V. BARRANTES. 4.º regular. Madrid, 1857.

Continuación histórica de la precedente (*Don Juan de Padilla*), ofrece la novela que anunciamos elevado interés de erudición, referente a varios ramos de anticuaria y costumbres populares, más acaso de lo que cuadra a una producción de este género. Por lo demás, el lenguaje, estilo y energía; la propiedad, arteficio sin menoscabo de la naturalidad, y la unidad de tendencias no permiten creer desmerezca en nada la animada narración de los últimos y nobles esfuerzos de las comunidades de Castilla, respecto al anterior trabajo del ilustrado Sr. Barrantes.

El heroísmo de una mujer, sobre todo, carácter personificado en la viuda de Padilla y realzado por tan buena pluma, no nos deja envidiar, como punto de vista ideal, el de la heroína lorenesa del vecino reino.

Solo deseáramos que, á pesar de las bellezas que apuntamos, sometiera mas el escritor la unidad de sus tendencias a la unidad del género de la novela, que estimamos deba ser mas desprendida de las enseñanzas doctrinarias y de la exhibición *per se* del autor en el propio relato. Esto, que decimos con sentimiento y sin negar el sostenido mérito de las partes, se extiende a las referencias a *Juan de Padilla*, que nos parecen sobrar en *La Viuda*.

Los últimos capítulos de esta novela, propiedad de D. Ricardo López, ofrecen el mérito de una continuación bien sostenida de el pensamiento y estilo del cuerpo de la obra, a la que dan un desenlace tan imprevisto como natural.

FRANCISCO GAYOSO.

BIBLIOGRAFÍA ESTRANJERA.

L'Année scientifique et industrielle etc.: troisième année, par L. FIGUIER. 2 vol. in-18º, chez Hachette.

Notable ha sido el año 1858 por varios fenómenos y experiencias, que han debido conmover en gran manera la atención de los sabios, y en general del público. M. Figuiet, que ha tomado á su cargo desde 1855 formar una especie de cuadro histórico de los descubrimientos y trabajos de cada año, ha tenido vasto campo de estudio y discusiones en los resultados de 1858. En astronomía, la aparición del cometa de Donati, dos eclipses de sol, seis planetas de reciente descubrimiento;—en telegrafía, la fijación del cable submarino;—en mecánica, la construcción del *Leviathan*;—en ciencias agrícolas, la cuestión de abonos líquidos y la de la degeneración de los gusanos de seda, etc., son hechos de la mayor importancia, y se discurre fácilmente, que á la vista de un contingente tan rico, haya creído Mr. Figuiet deber consagrar excepcionalmente dos volúmenes á el año próximo finado. Nosotros no podemos menos de aprobar la idea y ejecución de este resumen anual, que presenta los últimos adelantos de las ciencias en terminos hábiles, para satisfacer al público estudioso, tanto como para interesar al público vulgar.

Por todo lo no firmado, Carlos Bailly-Bailliere, editor responsable y propietario.

SUMARIO: *Los Tramperos del Arkansas*, por Gustave Aimard, pág. 97.—*Por un alfiler*, por J. T. de Saint-Germain, pág. 101.—*Este mundo es un fandango*, por D. Mariano Ruiz-Lorenzo, pág. 103.—*Viage á Alemania*, pág. 106.—*Curso familiar de literatura*, por Lamartine, pág. 107.—*La Apertura del istmo de Panamá*, pág. 109.—*Lecturas científico-industriales*, pág. 109.—*Crónica estranjera*, pág. 110.—*Crónica española*, pág. 111.—*Revista de teatros*, pág. 111.—*Bibliografía española*, pág. 111.—*Bibliografía estranjera*, pág. 112.